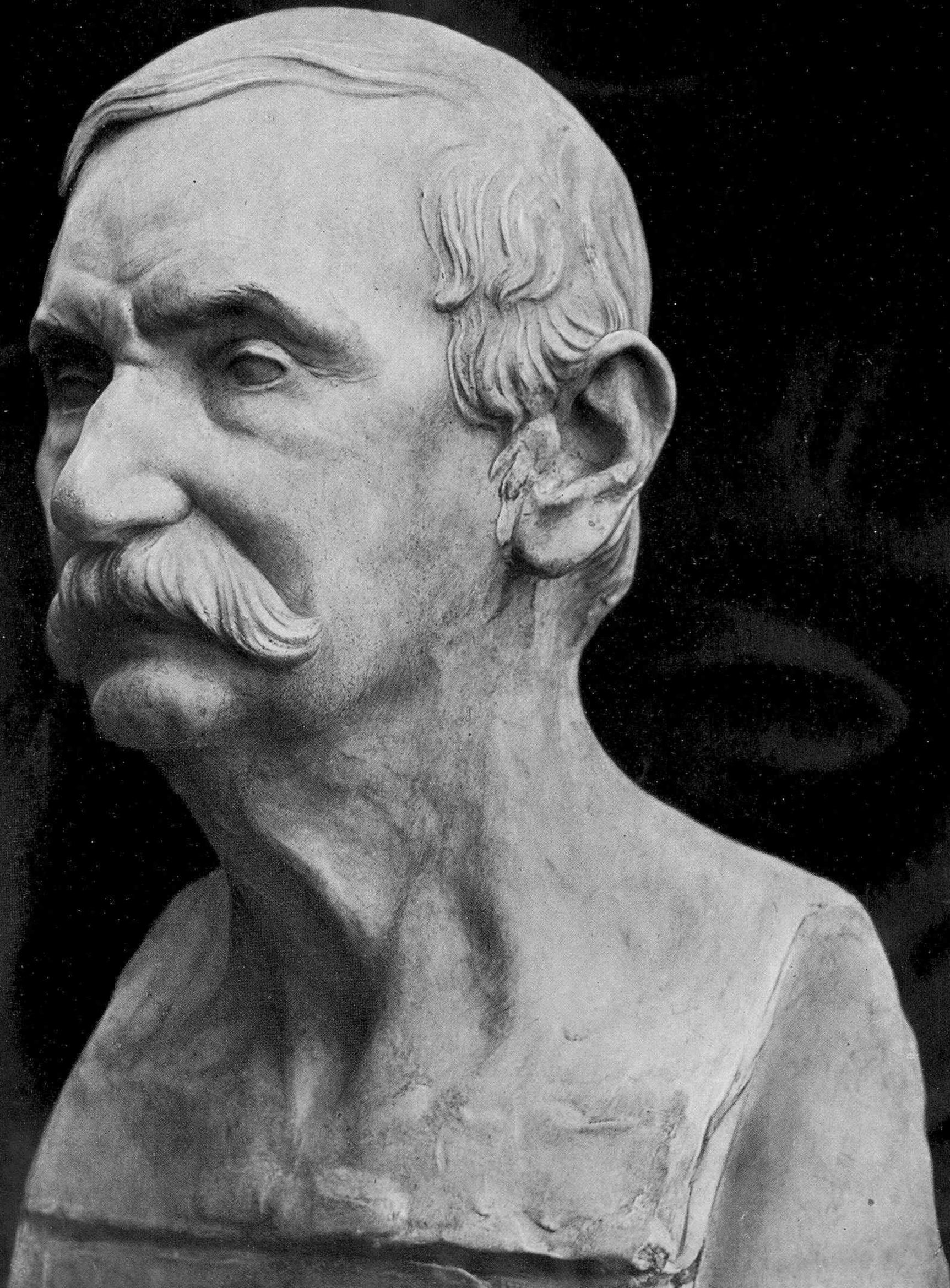


La Esfera



Año II * Núm. 76

Precio: 50 cénts.



Una flor de perfume
delicioso y persistente es el Jabón
de **HENO** de **PRAVIA**



Ehrmann.



Mesa presidencial del banquete en honor del ilustre escultor Mateo Inurria

HOMENAJE A UN ARTISTA

A Mateo Inurria, el ilustre escultor cordobés, le han agasajado los artistas viejos, maduros y jóvenes, que forman la gloriosa legión de España. Puedo resumir en mis modestas palabras lo que sienten muchos hombres esclarecidos, porque hay dos territorios diferentes en el arte: el de los que le cultivan, sólo accesible á vocaciones probadas, y el de los admiradores donde por mi buena voluntad quepo para aplaudir calurosamente, seguro de que en todas partes encontrarán mis plácemes, eco resonante de simpatía.

¡Unir á los que ejecutan obras bellas! ¡Qué labor pudiera considerarse de más utilidad! Precisamente, quienes con los pinceles, el lápiz y el barro aspiran á la realización de sus ideales, tienen sus mayores enemigos en la discordia que los separa, en las intrigas que les amargan, en las rivalidades que les desconciertan. Una es la belleza, noble religión del pensamiento que junta las más diversas aspiraciones de los hombres, ya que en la gloria caben todos cuantos merecen conquistarla.

Quien disculpe, anime, encienda ó propague enconos entre artistas, ejercerá una vituperable tarea. Para rendir culto á lo bello, necesita el alma la augusta serenidad, incompatible con vanidades y recelos. Cada cual esté atento á su inspiración, á su fe, á su ardiente amor á la Naturaleza y tradúzcalos en pincladas que truequen pedazos de tela en pedazos de vida ó en caricias al barro para convertir en animada su yerta masa.

Protestas, ¿para qué? Protestas, no; adhesiones, sí. Eso ha significado el homenaje rendido á Mateo Inurria; una adhesión sincera, vehemente, decidida al gran escultor que conoce los secretos de la línea; que infunde á sus estatuas la existencia perenne de lo hermoso, que siente dentro de sí soberano impulso creador. Inurria no ha logrado por faltarle un par de votos la más alta medalla, y eso ¿qué significa? Obtuvo algo mejor, más considerable, más duradero. Ha conseguido ser consagrado por los maestros, que le acatan como compañero ilustre, el asentimiento del público culto dispuesto á reverenciarle por su talento singular, la aclamación fervorosa de quienes no ponen al darla otro interés que su acendrado amor al Arte.

¿Hemos de seguir con el funesto apego á la fórmula oficial, al premio burocrático, á la recompensa de expediente? Acude á las aulas la mocedad, no á recoger ideas, no á formar aptitudes, sino á recibir títulos que casi siempre son certificados falaces de una competencia ilusoria. La Cátedra no debe ser una oficina donde se fabriquen licenciados y doctores, después de pruebas fingidas, en las que juegan más papel que la ciencia, el azar y la desenvoltura.

Así, en los certámenes artísticos, suele percibirse también el olor á covachuela, y hay puestos primeros, segundos y terceros, dados en ocasiones por manejos incomprensibles que fraguan escalas, al parecer cerradas, y ascensos automáticos en las recompensas, como en las graduaciones de los cuerpos, y muchas cosas incompatibles con la grandeza del Arte que brilla cuando brilla en la frente del joven ó del viejo, del maestro ó del principiante, sin sujetarse á fórmulas y arreglos de reglamento, reales órdenes ó reales decretos engendradores de categorías caprichosas.

El afán por la medalla se parece al afán por el título. Es preciso inculcar en nuestro ánimo el santo deseo á lo efectivo, á lo auténticamente espiritual. Sintamos un poco de desdén por el diploma sellado y rubricado, que en ocasiones representa una superchería. Se suele tener el nombre sin el mérito; la calidad sin la razón de poseerla; el galardón sin esfuerzo que lo justifique.

La medalla no ganada en público combate, nada importa. Lo que dió la fortuna, lo arrebató la verdad. Lo recogido en la encrucijada, por maña ó por violencia, se pierde á la luz del día, frente á la opinión pública por obra de justicia.

¿Para qué hablar de las medallas de los pintores y de los escultores? El público habla de sus cuadros y de sus estatuas. Si merecen ser glorificados, gozarán de fama sin tener diplomas; si no lo merecen, en vano les pondrán oropeles. Ellos mismos mostrarán ante las observaciones imparciales, lo burdo de la falsificación.

El insigne escultor cordobés quedó enredado en las mallas de un pretexto absurdo, pero su fama no ha podido padecer por el accidente. Al través de ella ha pasado el reglamento como el rayo de sol por el cristal. Su obra obtuvo en realidad el más alto premio. No lo alcanzó conforme á los trámites oficinescos, pero el honor de la medalla, no estaba en recibirla por los votos, sino en merecerla por las estatuas y ¡vive Dios! que está bien merecida.

En circunstancias como las actuales, ha de estimularse á nuestros artistas para que prescindan de cosas ruines y se afanen por lo elevado y noble. Un día fuimos grandes en España, mediante el poderío de las armas, por el dilatado imperio que ejercían nuestros reyes en el mundo. Aquello pasó, pero nos queda una grandeza más sublime que la lograda en el fragor de los combates, mediante los hombres entregados bárbaramente al mutuo exterminio y á la devastación de la tierra. Nos quedan esas plazas fuertes que se llaman Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada, Salamanca, Avila, Burgos, León, Oviedo; nos quedan sublimes continentes como Greco, Velázquez, Goya. Nos queda el copioso caudal de

los genios de ayer, y nos queda bajo el cielo radiante de nuestra Patria la cantera de nuevas generaciones animosas para proseguir la tradición artística de nuestra raza.

Ahora, los hombres se combaten furiosamente en guerra, la más sangrienta de cuantas narra la historia. Lo bárbaro ahoga á lo espiritual; la belleza sucumbe aniquilada por la brutalidad. Nosotros, los españoles, somos muy pequeños, tal vez insignificantes, pero aquí estamos, con la virtud de la paz, guardadores del tesoro espiritual, del que somos dueños, para ofrecerlo á los ciegos de hoy en la convalecencia de su delirio, cuando retorne á sus almas el sosiego y á sus mentes la luz divina de la razón.

El homenaje á Mateo Inurria, además de prueba de entusiasmo por el arte y sus cultivadores, fué expresión de aliento para cuantos están expuestos á sentir desmayos, vacilaciones, dudas. Hay que dar aliento á la juventud y no para que se doblegue á los convencionalismos, se someta á los arreglos artificiosos y tome papel en la farándula. La juventud tiene el ímpetu rebelde que corresponde á su condición. Si fuese moderada, servidora del interés personal, no sería juventud. Que estudie mucho de todo, absolutamente de todo, menos gramática parda. Ese libro no deben sostenerlo manos nerviosas é impacientes, sino las agitadas por el temblor de la vejez.

Y que imite á hombres como el insigne Inurria. Ha ganado su puesto, huyendo del mundanal ruido, marchando al través de la vida, como la corriente fecundante que riega sin escandalizar el aire con su paso. Devoto efectivo de la belleza, no la traiciona ni siquiera al escuchar las ofertas con que muchas veces se demandan con temporizaciones con el mal gusto. Por ser quien es y por lo que lleva hecho, ha puesto su nombre en las alturas, donde pone siempre sus ojos la envidia.

Por estar en la plenitud de su valer, sugiere tantas esperanzas para lo venidero como realidades guarda su pasado.

Con frecuencia ofase antes en España el grito de ¡viva Córdoba! No le arrancaba el recuerdo glorioso de los tiempos en que fué la hermosa ciudad emporio de la sabiduría oriental; no le arrancaban los nombres de sus filósofos, de sus héroes, de sus grandes poetas. El grito entusiasta dedicábase á diestros vencedores en las luchas taurinas. Con mejor empleo puede repetirse ahora en honor de Inurria y bueno es hacerlo constar para que se vea cómo la Sultana no ha perdido su abolengo. Mantiene su historia, y en cerebros como el de Inurria, reviven las grandezas artísticas de su pasado que no es tal pasado porque ¿quién se atreve á discutir la eternidad de la belleza?

J. FRANCOS RODRÍGUEZ

GENIALIDADES DE HOMBRES CÉLEBRES
EL EMPERADOR TRAJANO

UNA vez más, el Destino ha puesto á Roma frente á Dacia y Germania.

Al declararse la guerra, el espíritu de Trajano, á quien se llamó el Dácico por sus victorias, que no por su origen, debió extenderse en lo alto de su famosa columna, esperanzado de ver á su Imperio dominando nuevamente en los territorios que aquel gran emperador sojuzgara en la anligüedad. Igualmente debe haberse conmovido el ánimo de su antecesor Nerva, el Germánico, sobrenombre que se le dió también, del pueblo dobelado por sus legiones. Y con ambos, los manes de Quintiliano y de los cónsules que fueron el ilustre Plinio y el insigne Tácito. Así mismo el ánima del inmortal Plutarco, debe haber repasado la laguna Estigia, ilusionado de conocer otros grandes capitanes y emperadores, de ánimo y de obra grandiosos y dignos de unas nuevas *Vidas paralelas* que perpetúen su recuerdo...

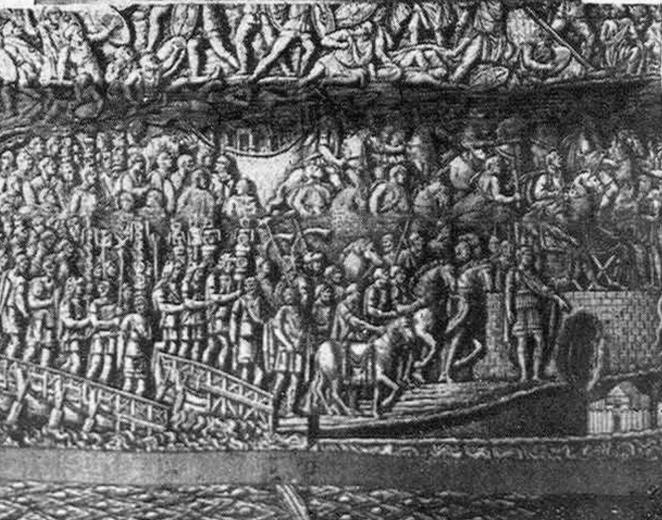
No es posible hablar de Trajano sin recordar á Nerva. Ambos emperadores inauguraron una época de felicidad y de gloria para el Imperio romano, el cual, por reinar entonces todas las virtudes, disfrutó durante un siglo—quizá el único en los anales del mundo—de las venturas que proporciona la alianza de la Monarquía y la Libertad. «Felices tiempos—dice Tácito—en que se podía, por fin, pensar lo que se decía, y hacer como se pensaba».

De Nerva habla poco la Historia. Cito relata con más fruición y detalle los reinados criminales que los reinados benéficos. No hay que culparla por eso: suele ser su obra reflejo de la vida, y los hombres nos inclinamos más á hablar de los que dan mucho que decir... los cuales no suelen ser los mejores. Sin embargo, si de Nerva no se cuentan hazañas detonantes, queda memoria, en cambio, de no pocos rasgos de bondad. Lo primero que hizo al subir al trono, fué colocar á la puerta de su augusta casa, esta inscripción, que da idea de los deberes de los príncipes: «Palacio público». Parco, en contraposición á la avidez de sus predecesores, quería que cada cual gozase de su herencia, del fruto de su trabajo ó de los favores de la fortuna. Habiendo descubierto Herodes Atico un tesoro, le informó para que reclamase la parte á que, como emperador, le daba derecho la ley. Nerva contestó solamente: «Usa del tesoro»; y como Herodes le instase nuevamente, haciéndole ver que el tesoro era inmenso, volvió á replicar con la misma sencillez: «Pues si es inmenso, abusa de él». Echando de menos la tiranía, que á cambio de apoyarla les colmaba de mercedes, los pretorianos se sublevaron y exigieron airadamente que se les entregara los asesinos de Domiciano, por cuya bajada á los infiernos había ascendido Nerva al trono. Nerva se echó á la vía pública, y no pudiendo con sus arengas calmarles, les ofreció su propia garganta, diciendo que prefería morir á sacrificar á los hombres á quienes debía el trono. Esta lealtad, unida á su rectitud de miras y de obras, le permitieron decir más tarde, cuando le reprochaban el descuido de su propia seguridad: *Una buena conciencia vale por una buena guardia y por una superior escolta*. Su mejor acierto fué el asociar á Trajano al Gobierno, encargándole de todos sus cuidados y nombrándole su sucesor, aunque no era de su familia.

El recuerdo de Trajano debe de sernos altamente simpático, no sólo por la bondad de aquel César, sino por su origen: era español, nacido en Itálica, que, como sabe todos por Rodrigo Caro, estaba cerca de Sevilla, y era hijo de una familia que empezó con su padre á ser ilustre...

Su encumbramiento no le desvaneció lo más mínimo. Fué el mismo de antes. Iba por la urbe, sin carro, sin escolta. Ningún obstáculo impedía al pueblo aproximarse. Siguiendo la máxima de Nerva, su palacio, verdaderamente público, estaba abierto para todos, y á todos era accesible. Al entrar en él, Plotina, su mujer, igualmente modesta, hizo este voto: «Hagan los dioses que yo salga de aquí lo mismo que entro, y que la fortuna no cambie mis costumbres».

Y ved qué casualidad: de este rey, cuyas hazañas ruidosas fue-



Estadua de Trajano en la famosa columna erigida en Roma
 (Fragmento de un aguafuerte de Piranesi)

ron igual en número á sus rasgos de bondad y de ingenio, también habla poco la Historia, quizá por creer que ya dice bastante la columna erigida para conmemorar sus victorias allende el Danubio y que, como dicho queda, le valieron el sobrenombre de *Dácico*.

Para festejar sus triunfos sobre lo que hoy es Hungría y Transylvania, Roma, siempre ávida de sangre, hasta en sus placeres, celebró su júbilo con crueles juegos, en los cuales se vió á diez mil gladiadores combatir y á once mil fieras perecer.

«La administración de este Príncipe—dice Plinio—fué tan prudente, que se encontraba la abundancia en Roma y el hambre por ninguna parte.»

Trajano, que conocía por la experiencia de sus antecesores el peligro de escuchar á los intrigantes, decía: «Es difícil á un príncipe cuyas orejas sean demasiado blandas, no tener las manos teñidas de sangre».

Amaba tanto el Derecho, que cuando nombró á Suburrano prefecto del pretorio, le remitió con el nombramiento y la espada, que era la insignia de su dignidad, estas palabras: «Emplea esta espada que te confío, por mí, si me conduco bien; contra mí, si me conduco mal». Su constante pensamiento era este: «Deseo gobernar como, cuando era ciudadano, deseaba yo que se nos gobernase». Sincero siempre, recordaba las palabras que le dirigiera Plinio en una ocasión: «Cuando á un príncipe se le engaña, es porque él engañó primero».

Amigos demasiado suspicaces quisieron vencerle de que Licinio Sura conspiraba para asesinarle. Trajano se fué á casa del supuesto conspirador, despidió su séquito á la puerta, cenó con Licinio, le pidió su cirujano para que le operase un mal que tenía en un ojo, y su barbero para que le rasurase. Al día siguiente dijo á sus cortesanos: «Si Licinio Sura hubiese querido matarme, lo hubiese hecho ayer».

Las costumbres privadas de Trajano influyeron grandemente en las públicas del Imperio. Su conducta era un ejemplo para los buenos y una lección para los malos. La más espantosa licencia se había mostrado en los espectáculos de las pantomimas. Tito las había prohibido. El pueblo corrompido había forzado á Nerva á restaurarlas. El propio pueblo, recobrado el sentimiento del pudor, demandó su desaparición.

Amante de la sencillez para sí, y de la magnificencia para el Imperio, gracias á su sabia economía, pudo, sin estrujarlo, embellecerlo y enriquecer á Roma de soberbios monumentos, reedificar ciudades derruidas, construir puertos como el de Centumcellas (Civitta Vecchia) y abrir caminos como el del Ponto Euxino á las Galias...

Nunca decía «haced», sino «hagamos»; ni «id», sino «vamos», y, desde luego, siempre decía, en vez de «batallad», «batallemos». Fué el inventor de esta bella máxima: «Es preferible que se salven diez culpables á que sea condenado un inocente entre ellos».

Preguntado una vez cómo se las arreglaba para ser más amado que otro emperador, contestó: «Perdonando á los que me ofendieron y no olvidando á los que me han servido».

Asesorado por Plinio, que no veía en los cristianos ningún enemigo de la paz del Imperio ni de la seguridad del emperador, hizo cesar—aunque tarde—la efusión de sangre defensora del Nazareno.

Su mejor elogio se hace, sencillamente, diciendo en verdad: Fué el único de los conquistadores del mundo que mereció recibir y supo conservar el calificativo de *muy bueno*... Por algo el tiempo, inclemente con todo, respetó hasta hoy la famosa columna: diez y ocho siglos...

Su fama fué tan buena, que hasta en la Iglesia cristiana, enemiga inflexible de la gloria de los paganos, muchos santos, Santo Tomás, entre otros, pretendieron que el Papa San Gregorio había obtenido de Dios la salvación de Trajano, cinco siglos después de muerto aquel emperador. Verdad ó fábula, hay una moraleja en ella muy interesante: que la virtud triunfa siempre de la envidia, del odio y del tiempo...

E. GONZÁLEZ FIOLE

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



PRECIOSA REJA DE HIERRO DULCE REPUJADO DEL SIGLO XVI, DE GRAN MÉRITO ARTÍSTICO, EXISTENTE EN LA CASA SOLARIEGA DE LOS CONDES DE LA QUINTERÍA, EN ANDÚJAR (JAÉN)

BIBLIOTECA



Retrato, original de José Zaragoza, premiado con primera medalla

DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL
LOS RETRATOS DE ZARAGOZA

José Zaragoza Ramón, tiene una historia brillante y afirmada en sólidos cimientos. La consagración de sus méritos por esta primera medalla indiscutible, ratifica otros triunfos anteriores. Nació en Cangas de Onís y empezó a estudiar muy niño con D. Ramón Romea y Lampérez, director de la Escuela de Artes y Oficios de Oviedo. En 1897 expuso por primera vez en Madrid, obteniendo una Mención Honorífica. Cuatro años más tarde, en la Exposición Nacional de 1901, logró una segunda medalla. En 1904 fué pensionado á Roma en compañía de Ortiz Echagüe y de Francisco Llorens, el paisajista.

Italia renovó por completo el espíritu y la técnica de José Zaragoza. Al contrario de otros pintores contemporáneos á quienes su estancia en Roma perjudicó de un modo absoluto, Zaragoza supo adquirir cualidades nuevas y logró magnificar las que ya poseía.

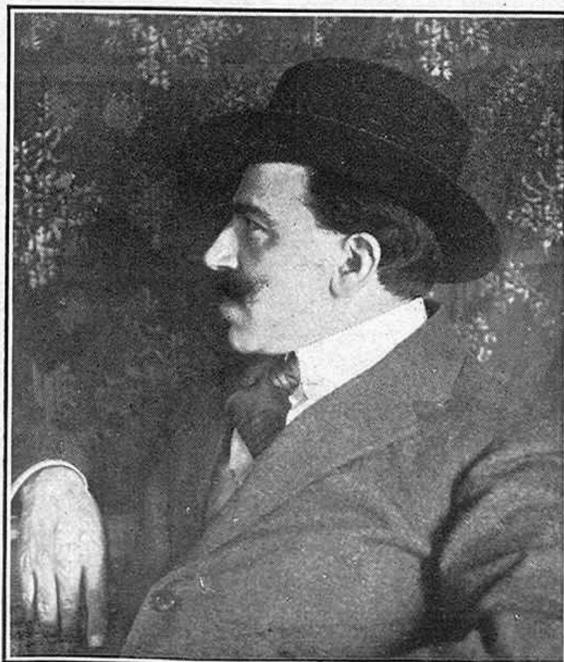
Su envío de pensionado, *Orfeo en los infiernos*, que figuró en la Exposición Nacional de 1906, era la obra de un colorista vigoroso y fuerte. Concebido é interpretado el lienzo á la manera de lo que entonces se creía necesario para una primera medalla, adolecía de demasiado del recuerdo del *Canto VII del Infierno del Dante*. Obtuvo, sin embargo, otra segunda medalla que se consideró muy justa. Ya empezaba á definirse el temperamento de gran pintor que posee Zaragoza. Pero todavía pasó algún tiempo antes de que pudiera asegurarse que el ilustre artista estaba «hecho» y definido. Terminada su pensión, José Zaragoza siguió viviendo en Roma y en Londres. Fué el pintor favorito de la aristocracia italiana y de la aristocracia inglesa, que no admira, naturalmente, á D. Pablo Béjar. Cuando volvió á exponer en la Nacional de 1910, ya

había conseguido sonoros triunfos en certámenes extranjeros y sus retratos se cotizaban á buen precio. Su envío de aquel año fueron sólo retratos: Dos de señora—*Madama Vanutelli Clementi* y *Doña Luz Ojeda*—uno de caballero y otro de un matrimonio bretón—*Morechol y su mujer*—notabilísimo; construído con gran sencillez, de un modo suelto, seguro, sin vacilaciones, con esas pinceladas tranquilas de los maestros españoles.

Otro largo paréntesis sin ver las obras de Zaragoza, hasta llegar esta Exposición de 1915, en la que encontramos al colorista de *Orfeo en los Infiernos*, al equilibrado técnico de *Morechol y su mujer* en la plenitud de sus facultades.

Bien opuestos los cuatro retratos, tienen todos ellos un fraternal sentido de la elegancia y de la distinción. Elegancias diferentes, pero bellas todas. Así, por ejemplo, el de «la dama en amarillo», da una sensación exquisita, quintaesenciada de modernidad. Se piensa en una depuración sutilísima de razas aristocráticas. El retrato de *Mme. Ch. L.* es una elegancia más picaresca, menos frágil y exquisita; pero no menos atractiva. El de la señora R. es la elegancia natural, la distinción sencilla é instintiva, que no necesita joyas, afeites y telas costosas para resaltar; como tampoco precisó en el cuadro Zaragoza desplegar riquezas cromáticas. Al contrario, el oro apagado del fondo, la pálida tersura de las carnes y el negro del traje, le bastaron para conseguir una armonía deliciosa.

La misma sencillez y parquedad de tonos hay en este retrato de caballero, premiado con la primera medalla, uno de los más admirables de la pintura moderna.



IOSE ZARAGOZA

vertido en polvo ó en informes guijarros. La catedral soberbia, cantada por Víctor Hugo en las fiestas de la Consagración de los reyes, parece ahora uno de esos edificios venerables que echa abajo el contratista vulgar para abrir una nueva calle.

El cañón continúa tronando á lo lejos. El templo histórico, que ya no tiene bóvedas, que sólo guarda el esqueleto de sus muros, sigue recibiendo proyectiles.

Hay algo de pueril en esta saña destructora. Recuerda la maldad de un niño travieso que luego de romper una estatua, la desmenuza para ver lo que tiene dentro.

ooo

Esta Francia es la nación-Anteo que encuentra siempre un depósito de energías internas para su gloriosa renovación. Cuando cae y parece tocar el suelo, se levanta, empujada por el resorte de su vitalidad. Es, además, «la gran calumniada» de los tiempos modernos. Todos creen conocerla perfectamente porque conocen los bulevares de París y han visto sus obras de teatro. No saben que los tipos representativos de la Francia en tiempo normal, el escritor frívolo, la dama del gran mundo, las gentes de placer, son personajes falsos y entrometidos que fingen lo que no son, lo mismo que los cómicos. La verdadera Francia está entre bastidores y en el foso. Es una muchedumbre anónima y de aspecto vulgar, sin brillantez ni distinción. Pero cuando llega la hora del peligro, cuando alguien grita: «¡Sálvese quien pueda!», muestra una heroica serenidad, sube á las tablas y ocupa el lugar de los deslumbrantes actores que huyen derrotados como miserables polichinelas.

Mientras las fuerzas ocultas de este pueblo latían en silencio, como la savia de los árboles para una nueva expansión primaveral, el vulgo, todo el planeta creía en su total decadencia. Todo lo que es grande y sublime se repite en él, con la regularidad de un péndulo en movimiento. Un período de falsa decadencia. Los mismos franceses—que son iguales á los españoles en la afición á exagerar los males de su país—se encargan de hacer creer al mundo que viven en la más vergonzosa de las situaciones. Luego, un salto hacia delante. Sorpresa general. Francia vuelve á ser el gran pueblo de Europa.

Su período de mayor gloria militar fué el de las guerras de la República, muy superior al del Imperio. La primera República tuvo que improvisarlo todo: soldados, armas, generales. Napoleón fué el heredero de genio que aprovechó los ahorros amontonados por sus antecesores. La República conservó sus conquistas, hechas á nombre de la Libertad.



Blasco Ibáñez en un acantonamiento de coraceros

El Imperio perdió toda su fortuna, amasada por la ambición.

La gloria de la primera República se reproduce en la tercera con exacta fidelidad. El *sans-culotte*, que fué de batalla en batalla con la *Marsellesa* en la boca y la bayoneta por delante, es ahora el *poilu* de las trincheras. Los generales del presente son menos jóvenes que los de la Revolución, pero han surgido á la vida de la gloria con la misma novedad fulminante. Al empezar la guerra, nadie en Francia conocía sus nombres. Joffre y los generales á sus órdenes son modestos, simples y heroicos, como Hoche y Marceau; guerreros-ciudadanos, respetuosos del poder civil y sin la menor veleidad de soberbia militarista.

La diplomacia francesa ha sabido preparar la salvación de su país, como Danton en vísperas de Valmy. Mientras el mundo creía en la total decadencia de este pueblo, Poincaré, Delcassé y otros hombres, organizaban la opinión europea, separándola de los imperios centrales y excitándola contra ellos. Estos diplomáticos profundos

no usan bandas ni cruces. Cualquiera puede poner reparos á sus levitas. Algunos de ellos, tienen el aire de plácidos notarios. Pero han realizado una obra inmensa, sin necesidad del gesto teatral y del casco de Lohengrin.

Del seno del pueblo han surgido los organizadores de la victoria, lo mismo que en la primera República. El ministro de la Guerra, respetado y aplaudido por todos, es un antiguo socialista; Millerand. Otro socialista dirige los ferrocarriles, Marcel Sembat. El más importante de los servicios, el de la provisión de municiones, está confiado á un subsecretario de Estado, segundo ministro de la Guerra, Albert Thomas, joven profesor, amigo mío, que era el lugarteniente de Jaurés.

La abundancia de proyectiles—según dice el mariscal French—es lo que decidirá la guerra. Y este joven ministro socialista, que hace un año era un tranquilo profesor, pone en movimiento la industria francesa como un comisario de la Convención, para dar alimento abundante á los miles y miles de cañones que hacen 20 disparos por minuto.

Al anoecer he visto en los caminos á los soldados que volvían de las trincheras para descansar en sus acantonamientos. Iban sucios de barro, con grandes barbas; mejor alimentados y vestidos que los guerreros de la Revolución, pero con el mismo fulgor heroico en los ojos.

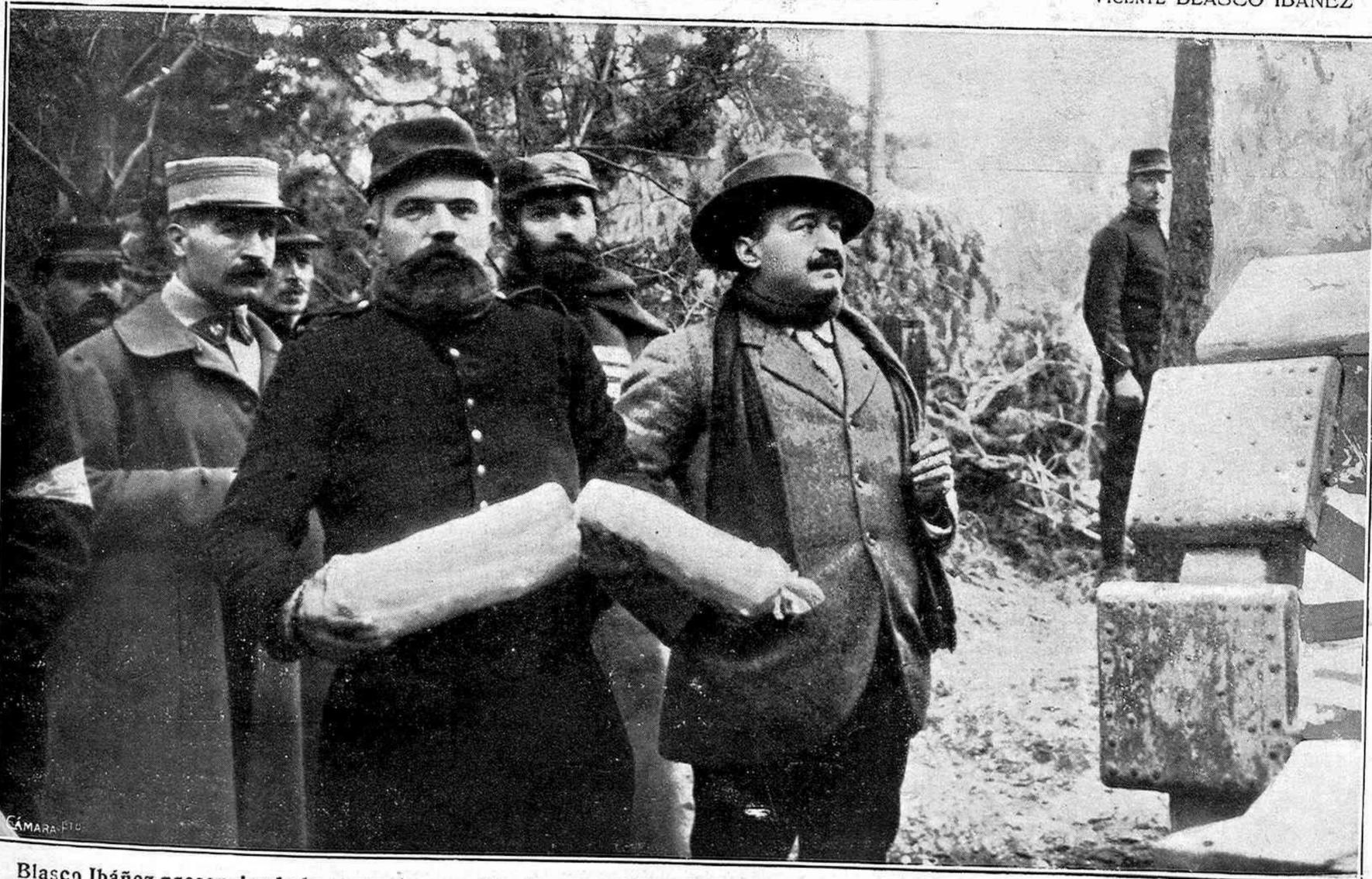
Estos soldados cantan. En el crepúsculo de color violeta, punteado por el fulgor de las primeras estrellas, se esparce el coro varonil del «Canto de partida». Yo prefiero este himno á *La Marsellesa*. No es el hallazgo genial de un aficionado. Es la obra solemne de dos artistas poseídos de una emoción religiosa ante los peligros y la grandeza de su patria.

En las filas de franceses, armados y uniformados, tal vez marcha algún sacerdote con la mochila á la espalda.

La fresca respiración de la noche que llega esparce á lo lejos por caminos, valles y colinas las palabras de Chénier, la melodía de Méhul:

La République nous appelle
Il faut vaincre, il faut périr:
Un français doit vivre pour elle
Pour elle un français doit mourir.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



Blasco Ibáñez presenciando la carga de un cañón de gran calibre.—El artillero tiene en la mano el doble saco de pólvora FOTS. FRANCH

BIENESTAR DE LA NACIÓN



NARRACIONES ESPAÑOLAS

El milagro de la seda

PATRIMONIO de poetas es el dolor y algo así como la raíz de su alma y la médula de su poesía. De poeta es padecer, con refinado y estético dolor, tomando el daño en provecho y convirtiendo sus propias lacerías en lindas perlas y en fragantes rosas. La bellísima imagen—harto reproducida—del sándalo que perfuma la segur que le hiere, es la más noble y exacta que fantasía humana pudo concebir para retrato y símbolo de poetas.

Quiero contaros, á este propósito, un cuentecillo con dejos de fábula y aires de leyenda que oí de labios del pueblo, sesteando yo un día á la sombra de unas moreras lejos de un parlero manantial. La fresca del sitio, el rumor del agua, la serenidad de los cielos, el habla sentenciosa de los campesinos, trajéronme á la memoria el recuerdo de las antiguas fábulas, siendo grande parte al gusto y provecho de la ingenua narración.

Hela aquí, despojada, al pasar de aquellos labios á los míos, de su puro y sutil aroma de antaño.

I

Hallábase el pobre Job, aquel desventurado poeta de la Biblia, presa de la maligna enfermedad que las sagradas Escrituras refieren: taladraban su carne agudos clavos; encendíasele la

sangre con la fiebre; huía de sus párpados el sueño, y todos estos males se juntaban, para mayor tortura, con tan extremada pobreza, que no consentían, para alivio de ellos, techo ni abrigo, cama ni regalo, sustento ni medicina, ni otro alguno de esos consuelos que los enfermos tener suelen. Era su lecho el polvo de la tierra; su medicina una teja rota; su alivio la esperada querrela de su dura cónyuge; con todo lo cual fuese acabando el triste, pero no con prisa, que fuera más ligero tormento, sino templadamente y poco á poco, para más largo y refinado padecer.

Acordábase el pobrecillo—como es hábito del que sufre, traer á la memoria el placer pasado—de toda aquella salud y abundancia del destruido hogar, de sus siete hijos hermosos como cedros del Líbano y de sus tres hijas semejantes á las rosas de Jericó, de sus criados y haciendas, de sus ovejas y camellos, de los banquetes generosos con que en la casa de sus deudos alegró antaño sus días... Evocaba después, todas las escenas de ruina y desolación que al presente estado le trajeron, y caíanle, mansas, de los ojos las lágrimas.

Reprendíale su mujer con aspereza, convidándole á estéril desesperación, pero el santísimo poeta volvía al cielo los angustiados ojos, espejos de infinito dolor y de infinita paciencia, y decía aquellas palabras eternas, unguadas por el

amor de Dios... —Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré á la tierra; el Señor lo dió y el Señor lo ha tomado; sea su nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos...

II

Llegaron á esta sazón cuatro amigos al lugar donde Job paraba. Apenas acertaron: á verle de tal guisa, con el cuerpo desnudo y lacerado, los ojos llenos de lágrimas, el voto monjil caído y la sucia teja en sus crispados dedos, conocieron con toda su áspera realidad aquel terrible infortunio. Eran estos amigos personas de calidad y aun se cree que fueran reyes. Al alzar la vista y ver á Job, poniendo el grito en los cielos, lloraron con fuerza, rasgaron sus vestiduras y esparcieron polvo sobre sus cabezas; y sentáronse en el suelo por siete días y siete noches y no hablaron palabra; de tal modo el espectáculo de aquella desventura habíales traspasado el corazón.

Al cabo Job abrió los labios; rompió el silencio y maldijo el día en que nació y la noche en que fué concebido, y deseó para aquella noche oscuridad eterna y muerte y amargura; que no fuese ayuntada á la cuenta de los días y de los años; que permaneciera por siempre solitaria, sin estrellas ni canciones; que en vano esperase

la luz y jamás viera abrirse los suaves párpados de la mañana.

Y esto, no por impaciencia ni cólera, como advierte el divino Fray Luis de León, sino por aborrecimiento natural de los trabajos de la vida y de su condición miserable, sujeta á tan desastrosos reveses; por donde es mejor morir que vivir y la suerte de los muertos más descansada que la de los vivos. Querrellarse no es, al cabo, señal de ánimo impaciente, pues el mismo Jesús, que calló siempre en medio de sus males, quejóse al fin en el último de ellos, diciendo en la Cruz con voz angustiada y triste: «¡Padre mío! ¿Por qué mehas desamparado?» Con lo cual se da á entender que el Justo, sin exceder la paciencia, puede rogar á Dios, si es servido, que le acabe el dolor con la vida.

III

Llegó al fin un momento en que harto Job de avivar con la memoria del bien pasado el sentido de la miseria presente y de ahondar en su propio dolor, buscando las raíces de él y toda su negra filosofía; habiendo hecho plática y disputa sus amigos de la desventura que lloraron, hasta remover en el alma de Job todas las dudas, llegó un momento en que apareciéndose Dios á los ojos del lastimado poeta, le enseñó cuán en vano pretendía averiguar las razones de las cosas y penetrar en los divinos juicios; le animó á contender con El sobre la pasada disputa, y Job, lleno de humildad, se arrepintió de la ligereza y descuido de sus palabras.

Y sucedió entonces, que el Señor comenzó á darle señales de Su piedad y á aliviar un poco sus padecimientos.

Uno de los mayores era el calor del Sol que durante el día dábale con fuerza y acrecentaba el ardor de la calentura y el picor doloroso de las llagas.

Pero he aquí que una mañana brotó de aquella tierra, bañada por el llanto del cuitado, un arbolillo forastero de ramas lisas y derechas, cubiertas de recortadas hojas, que fué creciendo con rapidez nunca vista y llegó á cobijar el cuerpo de Job y á refrescarle con su sombra amiga. Las llagas de su cuerpo comenzaron á secarse, y la fiebre á descender de hora en hora, y aquel temblor y angustia y tribulación de su cuerpo y de su alma á convertirse en llanto y salir afuera por los ojos, en provechosas lágrimas, de esas que lavan de paso el corazón y le reparan y consuelan.

Caían las costras que afeaban sus miembros; borrábase las hondas cicatrices; volvía la piel á su primer estado, limpia y sana, teñida de un puro color de rosa.

Los gusanos resbalaban y caían como granos de trigo sobre la tierra; deslizábanse por ella, semejante á un hormiguero y se refugiaban en el árbol que prestó sombra y frescura á

Job, subiendo hasta las ramas y mordiendo las hojas tiernas salpicadas de rocío...

IV

Un día, presto ya Job á recobrar sus hijos, su salud y sus bienes, que habían de venir poco á poco, doblados y engrandecidos por el dolor,

holgábase mirando el árbol que tanto le consolara en su pasada aflicción, y... ¡cuál no sería sus sorpresa al ver que aquellos gusanos que de su carne martirizada habían salido, poblaban ahora el árbol como de gotas de ámbar y menuditos pifiones, y que echaban de sus boquitas un hilo sutilísimo y reluciente, parecido á un rayo de sol, con el tal hilo daban vuelta de manera que fabricaban un precioso capullo, donde reía la luz como en una pepita de oro! Y después de un capullo, otro y otro, hasta llenar todas las ramas del arbolillo forastero, que parecía una vid cuajada de dorados racimos.

Job, entonces, halló que aquellos racimos eran de un plumón precioso y suave, grato á los ojos y delicioso al tacto, y juzgó que tejiéndole, como el cáñamo y el lino, podían aderezarse opulentas vestiduras y bordados primorosos, que fueran el encanto y la alegría del hombre, y sobre todo de la mujer... Y juró fabricar en cuanto le fuera dado, una rica túnica, para ponérsela en lugar de la que había roto, y alabó el nombre de Dios, que por el dolor y la paciencia de un hombre solo, dió á todos los hombres el primer capullo de seda...

Tal vez algunas de vosotras, lindas y amables lectoras, no supierais que fué debida al buen Job, á aquel atormentado poeta de la Biblia, el espléndido regalo de la seda.

Sí, de los gusanos que rofan su carne nacieron esos otros preciosos gusanos, cuya baba sutil ofrece á vuestros hermosos cuerpos finísima cobertura. Aquellas enconadas landres que picaron su piel, encendiéndola en fiebres y humores, tornáronse como de oro, y destilaron la hebra de seda, semejante á un rayito de sol.

Con lo cual quedó cumplida la ley eterna de nuestro vivir, que brota con estremecimiento de las entrañas y hace cuajar la belleza en senos divinamente atormentados como frutos peregrinos del dolor, del dolor eterno...

RICARDO LEÓN

DISUJOS DE ECHEA





Pastores descansando en las montañas de Tatra

PAISAJES DE LA GUERRA

EL VERANEO DE LOS OSOS

Hé aquí unos fragmentos de cartas femeninas... No tiene nada de particular que lleguen á nuestras manos desde tales lejanías. Un redactor de un diario madrileño encontró en la calle de Serrano, á los ocho días de haber ardió el edificio de las Salesas, unos folios judiciales chamuscados, con los cuales había juguetado el viento una semana entera, sin que los atrapase la escoba municipal. Cosas más absurdas irá viendo la generación presente. Hé aquí ahora las cartas de nuestras lindas amiguitas:

De París á Viena

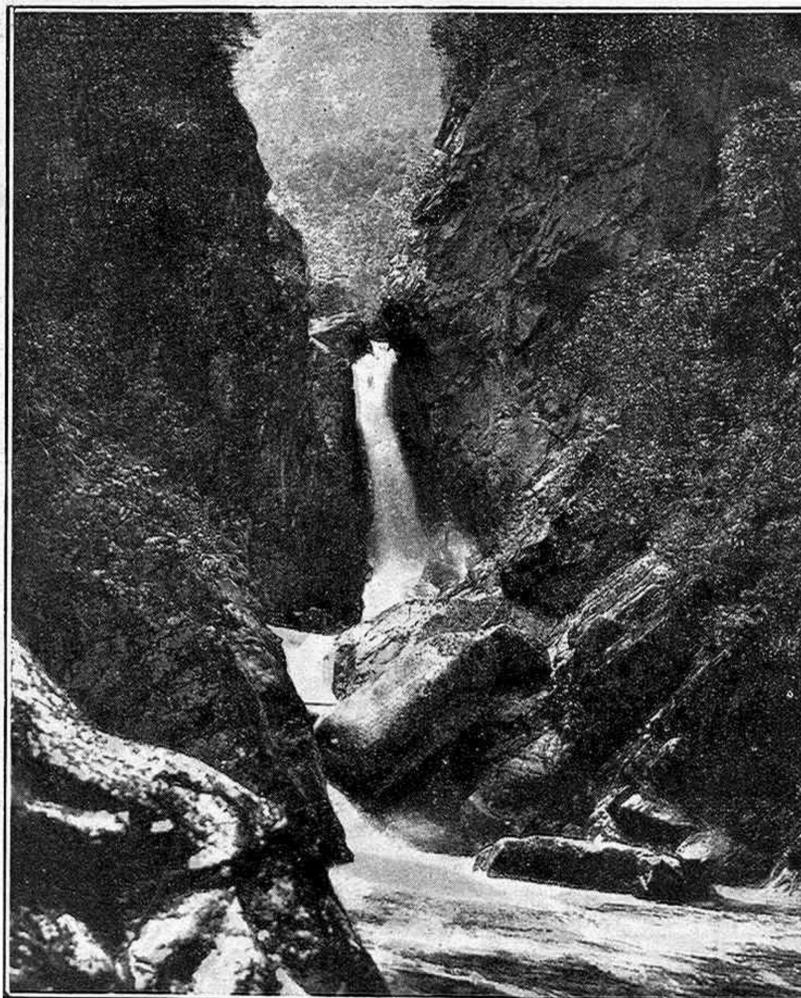
«... Sí, tienes razón; los hombres quieren que seamos enemigas; pero no lo consiguen. Odiamos al adversario que mata á nuestros hermanos, á nuestros amantes, pero en el fondo de nuestro corazón lo que hay es odio para el hombre que nos arrebató á nuestros hombres, que nos trae el dolor de la soledad; pero ¡para la mujer del adversario! Nuestro quebranto nos da medida del suyo, y, además, nosotras no gobernamos, no encendemos la guerra, no somos diplomáticos ni generales. Así, pues, mi amiga no es austriaca: es mi amiga. Sería una pena interrumpir más tiempo esta correspondencia. ¡Y en qué días! Cuando se presenta la amenaza de un verano sin veraneo, sin reyes yanquis, sin príncipes rusos, sin Ostende arrasado, sin Costa de Plata, porque Royan, Panillac y Arcachon están convertidos en hospitales, ni Costa de Oro, porque Niza y Monte Carlo están ensombrecidos, llenos de dolor, como Aix les Bains y los dos Bagnères, sin Suiza, que se extremece ante el peligro de que Italia se lance á la guerra... ¡Señor, Señor! ¿qué vamos á hacer este verano los que no tenemos en el mundo nada que hacer?»

Y, en esta desolación, pienso en tí, pienso en los alegres días pasados en Viena, la más liberal y democrática de las ciudades amadoras...»

De Viena á París

«... ¡Oh! amiga mía. Después de este tremendo invierno de inquietud y de penas, á las austriacas nos esperan iguales días de dolor que á las francesas. La muerte y el hambre van creando una patria ideal que extiende sus fronteras por casi toda Europa. En ella, todos nos sentiremos hermanos. Me preguntas qué haremos estos meses que se acercan. No podemos hacer más que llorar. Y es que la Humanidad ha reído demasiado tiempo. Los hebreos miran al cielo y ven á Jehová enfurecido como en los días bíblicos, desatando sus iras sobre la Tierra; pero los que no tenemos esa fe no concebimos este bárbaro enloquecimiento de la Humanidad entera. Si vosotras, francesas, no tenéis dónde ir esta canícula, piensa, querida amiga, que en Oriente no van á veranear este año más que los osos del monte Tatra. ¡Oh; cómo bramarán ahora escondidos en los bosques de los más altos picachos, escuchando el retumbar de los cañones, y viendo correr, enrojadas de sangre humana, hasta en sus fuentes, las aguas del Danubio y del Vístula!»

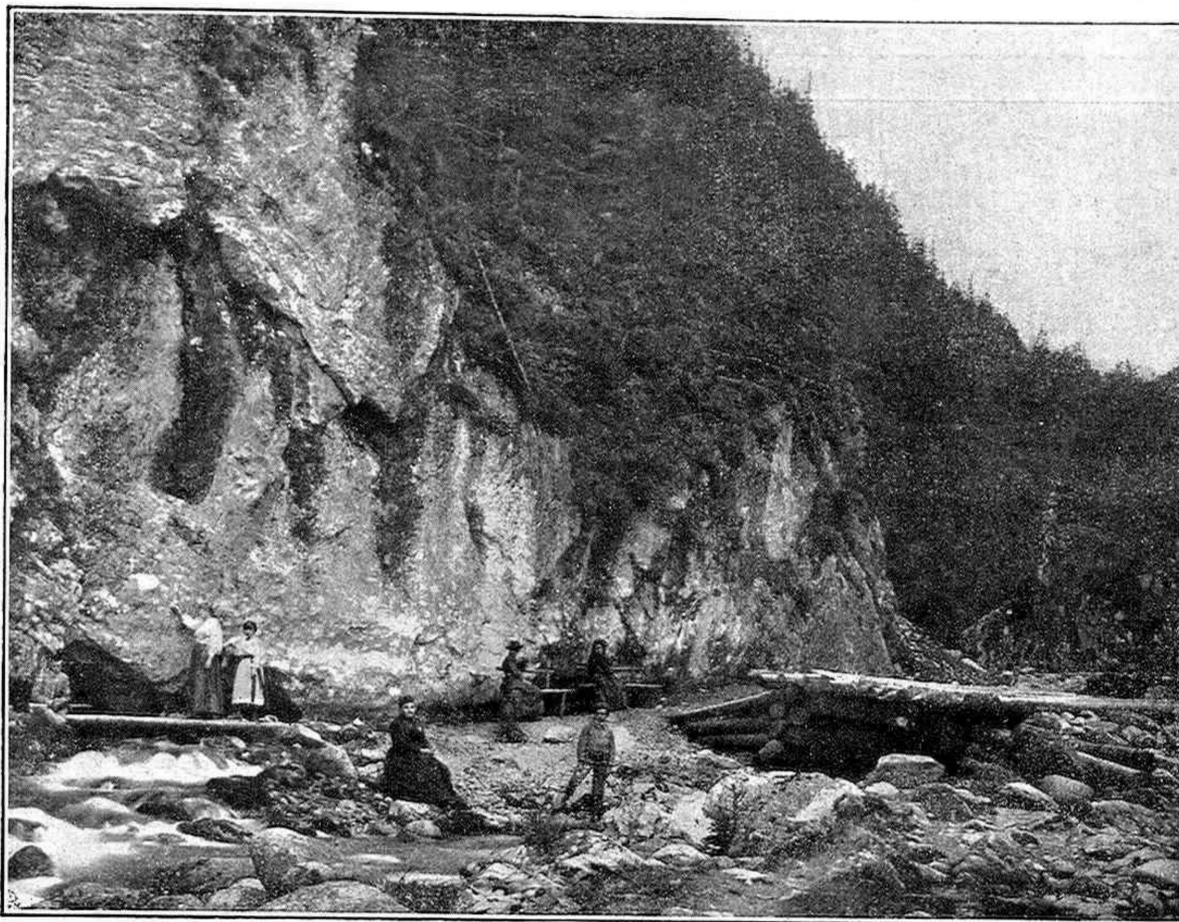
«Cuando íbamos al balneario de Tatra-Fured, era uno de nuestros mayores encantos espiar, con prismáticos de largo alcance, el paso de los osos y las gamuzas hacia los lagos y los riachuelos en que apagaban la sed. Dueños, con los lobos, los linces y las marmotas, con todo un mundo de aves pardas y canoras, de aquellas enormes moles de piedra que se alzan bravías entre los encantados valles del Vag y del Arva, del Dunayec y del Poprad, al llegar el verano se refugiaban en



Un salto de agua en las proximidades del lago Popper

las más altas crestas y en el fondo de los bosques de pinos y de alerces, huyendo de la invasión del hombre. Desde allí asomaban los osos sus cabezas negras por los desfiladeros y miraban asombrados las caravanas de rusos, de alemanes, de polacos, de húngaros, que convertían al Tatra en un paraíso veraniego. Luego, en invierno, con las avalanchas de nieve, recobraban la plena posesión de aquellas montañas de ensueño y descendían hasta los mismos valles, cayendo muchos en las trampas arteras con que cercaban sus casas los pastores y los aldeanos.

No hay en Suiza, ni en Italia, ni en parte alguna del mundo lugares más bellos y poéticos, espiritualizados por más arrogante majestad que este monte, al que los austriacos llamamos Tatra y los alemanes Schmecks, que parece arrancado y aislado de los Cárpatos por el esfuerzo de un titán ó la voluntad de un dios. No hay montañas donde el agua, desprendiéndose gota á gota de las masas de nieve, surgiendo entre las quebras de las peñas, manando en el fondo de grutas irisadas, salte, corra, rebote, se despeñe, se remanse, se junte en ríos, se detenga en lagos, se deshaga en espumas de cascadas y cataratas con más abundancia, con más varios caprichos, con más vida, con más belleza, con música más múltiple que en estas veinte leguas, que parecen un imponderable milagro de la Naturaleza. En tan pequeño espacio, querida amiga, hay ciento quince lagos, algunos de ellos en que la piedra que los aprisiona se sutiliza hasta el pun-

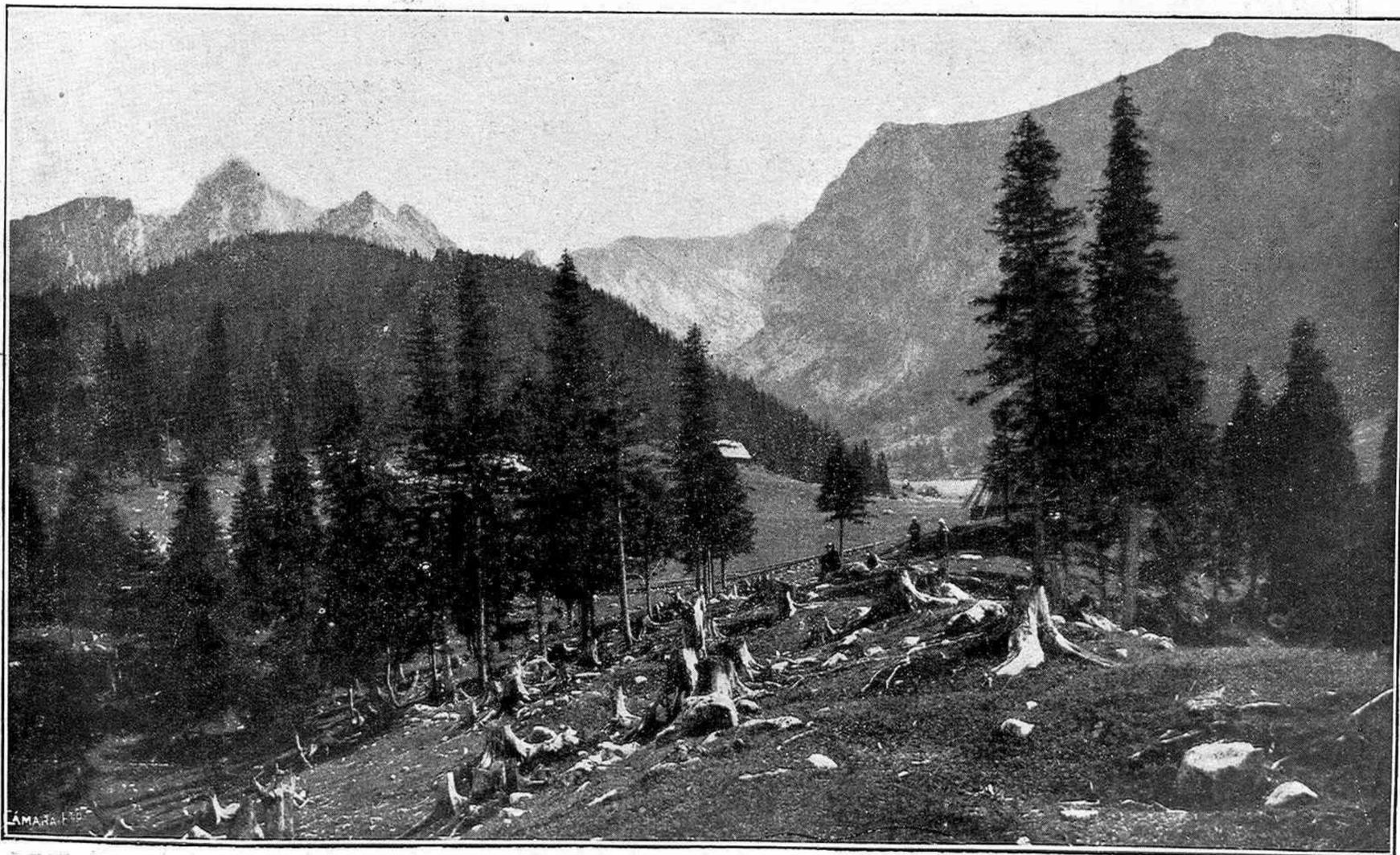


Fuente de aguas minerales en las montañas de Tatra

to de parecer que los contienen sobre las vertientes y los abismos, como la copa ancha y redonda sustenta al *champagne*. Otros, como el llamado «gran lago», el Csorba y el Popper, tienen profundidades hasta de setenta y seis metros. En estos lagos paseaban los veraneantes el año pasado todavía, en ligeros esquifes, y al cruzarse unos con otros, en la expansiva alegría de aquel vivir regocijado, estallaban los saludos en alemán, en magiar, en ruso, en polaco, en rumano, en inglés, en francés..., lo mismo que ahora estallan las maldiciones en estos profanos desfiladeros de los Cárpatos y en estos arrasados campos de la Galitzia!

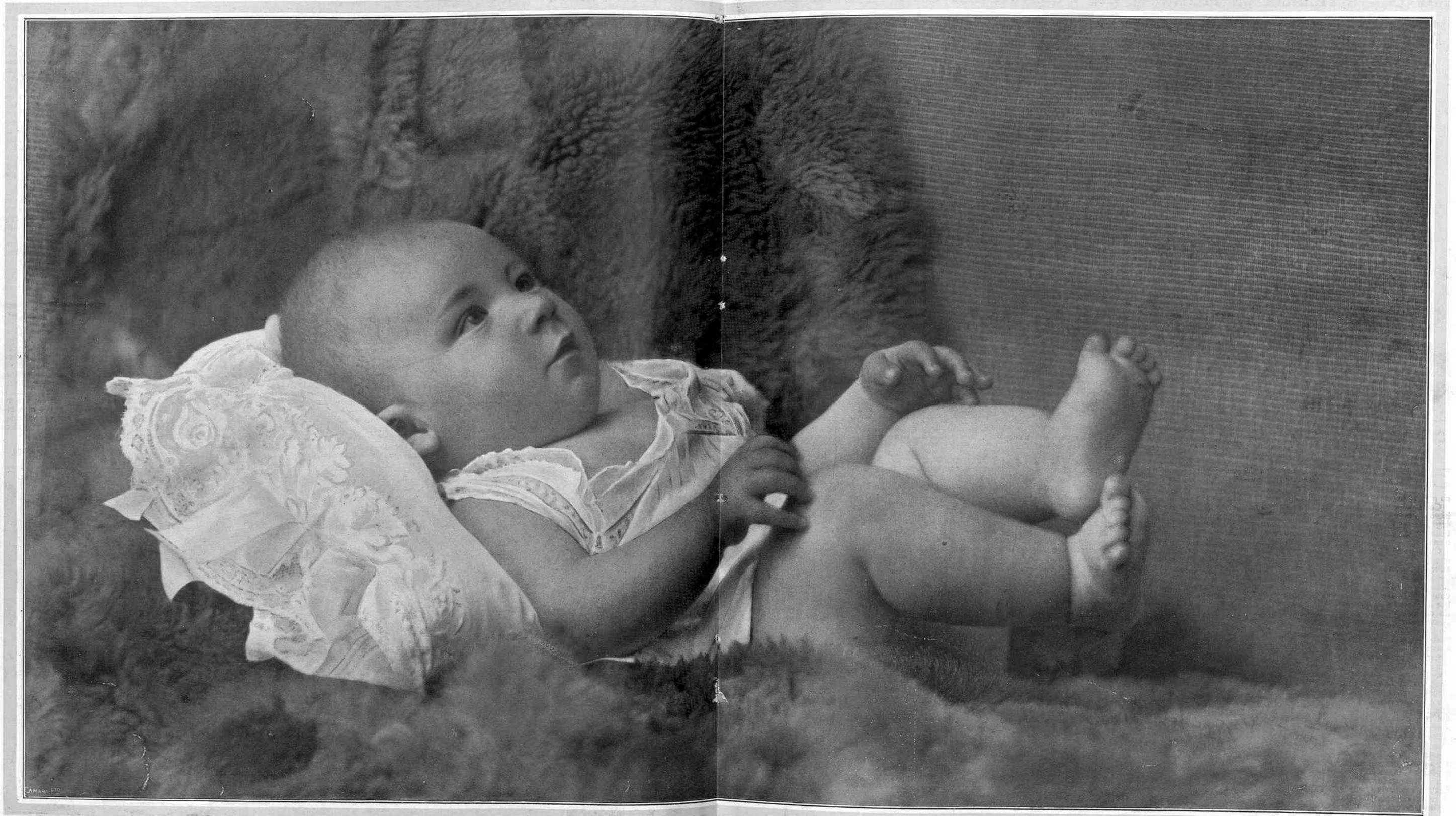
austriacos, húngaros, rumanos... Aquel río de oro no correrá este año; ya corre la sangre humana sin medida... Aquel desbordamiento de alegría, de amor, de placeres, no llegará este verano á interrumpir con sus cánticos, sus gritos y sus carcajadas la música solemne del viento en los bosques, del agua en los peñascales... Los osos no atisbarán ya recelosos desde las cumbres al hombre invasor... ¡Oh, amiga mía, si los osos supieran por qué se interrumpe la vida en las cumbres del Tatra, cómo aprenderían á despreciar á la Humanidad!...

MÍNIMO ESPAÑOL



Los pinares de Tatra

TELEFONO DE...



EL INFANTITO DON GONZALO, HIJO MENOR DE LOS REYES DE ESPAÑA, SEGÚN FOTOGRAFÍA DE FRANZEN, OBTENIDA EN SU ESTUDIO HACE POCOS DÍAS

HOMENAJE Á FRANCIA EN BERLÍN □ LA FUENTE DE LAS HADAS



Estatua que representa "El traga-niños", fantástico personaje de una célebre fábula alemana, obra del gran escultor Urbach



Grupo que simboliza el célebre cuento, de Carlos Perrault, "La caperucita roja", obra del escultor Ignacio Taschner



Estatua que simboliza al personaje de una fábula clásica, que recompensa a los niños buenos y castiga a los malos, obra de Urbach

El día 15 de este mes, se cumplirá el segundo aniversario de la inauguración de la monumental fuente de Las Hadas, en el pintoresco parque berlinés de Friedrichshaim.

Constituyó este solemne acto uno de los números más interesantes del programa de fiestas, organizadas en la capital del imperio, para solemnizar las bodas de plata del Soberano con el trono.

Con aquel artístico y grandioso monumento emplazado en una de las más bellas avenidas de aquellos amplios y poéticos jardines, quisieron los alemanes rendir un tributo de admiración y gratitud a los grandes hombres de letras que consagraron buena parte de su extraordinaria labor al recreo educativo de la infancia, escribiendo cuentos fantásticos y fábulas morales que, constituyendo el encanto de los niños, proporcionaron a sus autores fama universal.

Como a esa obra de tan elevado fin pedagógico habían aportado el rico caudal de su fantasía literaria insignes de distintas naciones, y sus bellos cuentos y sus interesantes fábulas traducidos a diversos idiomas, habíanse popularizado en todo el mundo, no consideraron equitativo los germanos rendirse homenaje únicamente a los poetas de su patria, sino que quisieron hacerlo extensivo también a cuantos habían contribuido a tan plausible y noble labor en toda Europa.

Uno de los hombres que mayor celebridad han alcanzado en este género de literatura, ha sido el

escritor francés Carlos Perrault, cuyos hermosos cuentos de hadas y gnomos, traducidos a innumerables idiomas, recorrieron el mundo infantil. En el monumento conmemorativo de esta obra cultural no podía lícitamente prescindirse del citado autor, y constituyendo la parte decorativa de la grandiosa fuente grupos escultóricos cuyas figuras, inspiradas en los cuentos y en las fabulillas, simbolizaban a sus protagonistas, necesariamente habían de aparecer en ellos muchos de los personajes infantiles ó fantásticos de los famosos cuentos de Perrault, junto a los de las fábulas del mismo género que entre los teutones llegaron a adquirir un carácter clásico.

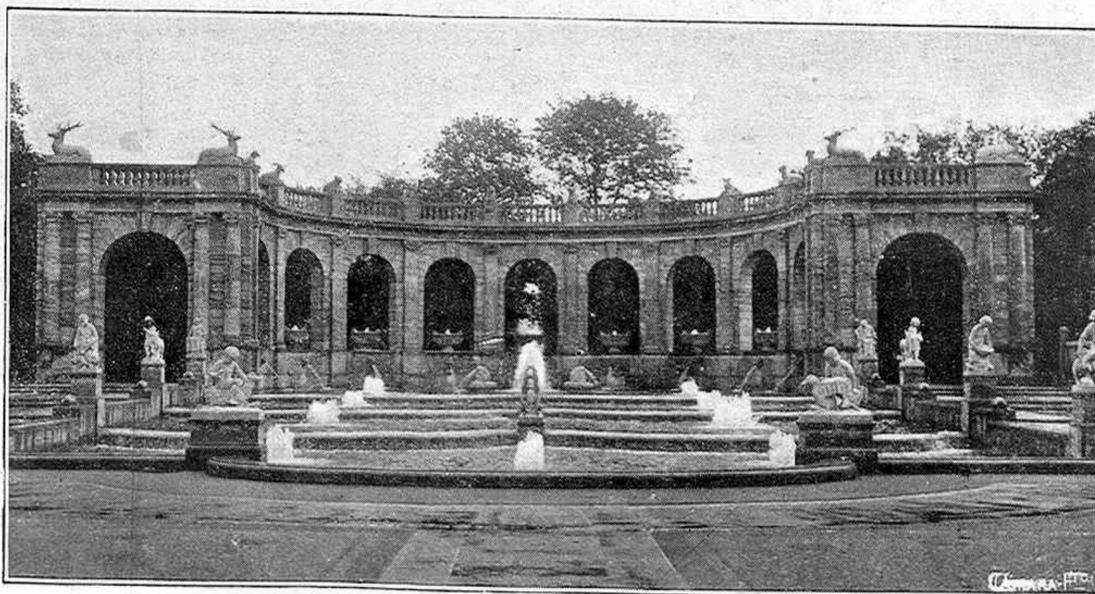
Esta especialidad que con tanto éxito había cultivado el gran poeta y prosista francés, más célebre en su patria y en todo el mundo por sus

hermosos cuentos que por su labor académica, a la que no obstante débense trabajos tan concienzudos y laboriosos como los titulados *Elogio de los hombres ilustres del siglo XVII*, *Gabinete de las Bellas Artes*, *Apología de las mujeres*, y tantos más que le proporcionaron prestigio de erudito y de pensador tan sólido como el que dentro y fuera de su patria habíansele proporcionado de ingenioso cuentista aquellas ligeras narraciones que dedicó al recreo instructivo de la niñez, dábanle derecho indiscutible a figurar de modo preeminente en el monumento.

Sin pensar entonces que una circunstancia imprevista pudiera determinar en el porvenir una rectificación del juicio desapasionado en que se inspiró el plan de la grandiosa fuente alegórica, dióse en ella a la obra literaria de Perrault toda

la importancia artística que su mérito demandaba y hasta puede afirmarse que son los más de aquellos grupos escultóricos que decoran la monumental fuente los que se inspiraron en personajes y en escenas de los cuentos del poeta francés.

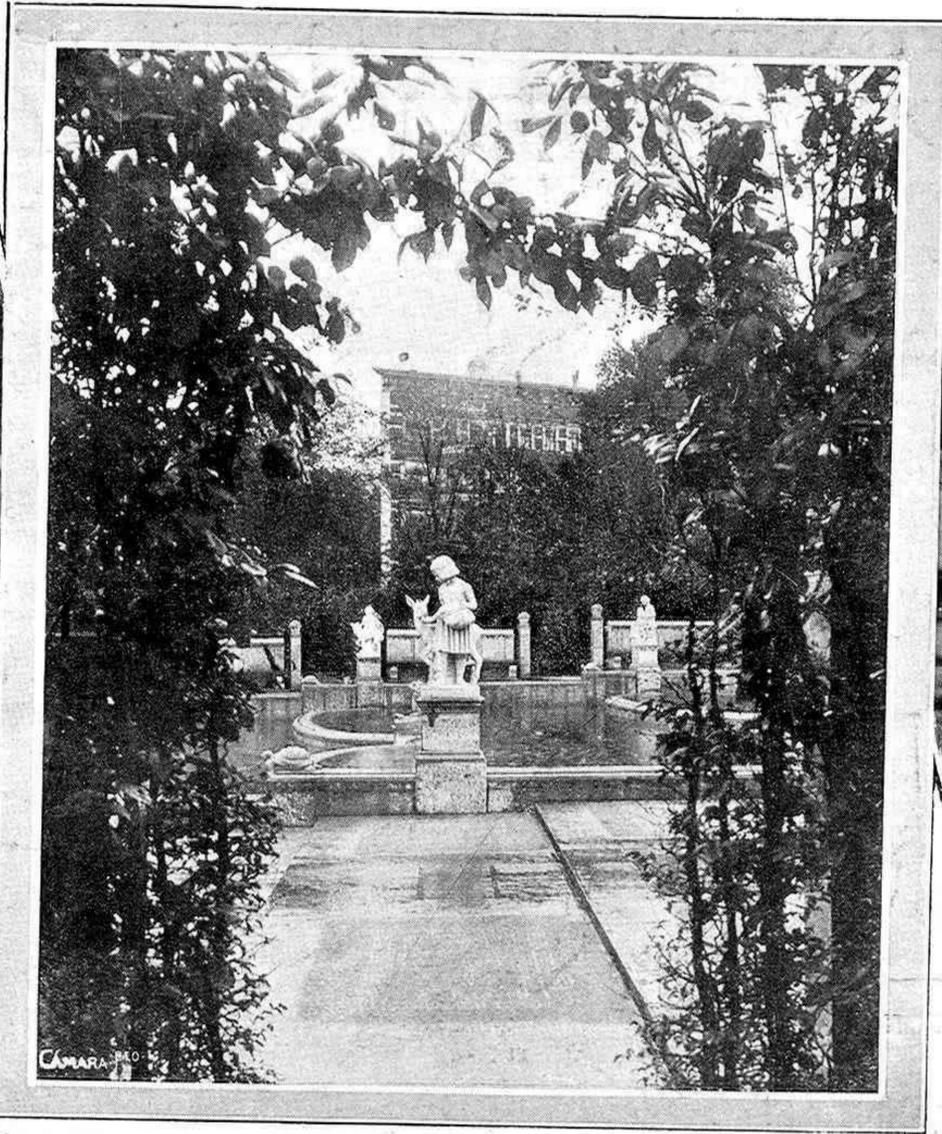
Tal vez al rendir el pueblo alemán aquel homenaje de admiración a la obra de los cuentistas infantiles, no dejara de influir entonces en su ánimo, el deseo de mostrar a Francia y al mundo que al rendir un tributo al mérito no reconocía fronteras que lo limitaran a sus ojos, pero es posible que hoy no piensen lo mismo los germanos, sin que haya sido necesaria la depuración de muchos años de escrupuloso análisis para revocar el acuerdo adoptado en



La célebre fuente de Las Hadas, erigida en el parque Friedrichshaim, de Berlín, en conmemoración de los cuentos y fábulas infantiles, é inaugurada el día en que se celebró el XXV aniversario de la elevación al Trono imperial de Guillermo II



Grupo alegórico de la célebre fábula alemana "Juanito y su cerdo", obra del escultor Taschner



Un aspecto de la monumental fuente de Las Hadas, en el parque Friedrichshain, de Berlín, viéndose en primer término el grupo alegórico del famoso cuento "La niña de la cabrita", obra del escultor Taschner



Grupo alegórico del famoso cuento, del insigne escritor Perrault, "El gato con botas", del escultor Taschner

días en que imperaba en los espíritus la bienhechora paz que permite juzgar de las cosas con amplia rectitud de criterio, con equidad e independencia de juicio.

Los grandes artistas a quienes les fué encomendada la construcción de la fuente monumental, interpretaron el propósito de los que iniciaron la idea en forma que al ser digna de la labor que se deseaba perpetuar, era al propio tiempo demostración elocuente del buen gusto y de la originalidad de pensamiento de los que la habían puesto en práctica.

Por las fotografías que en estas páginas publicamos pueden formar idea nuestros lectores del aspecto general que ofrece aquella hermosa obra y de algunos de sus detalles.

Todos los grupos escultóricos que la embellecen son de tanta intensidad alegórica como valor artístico y hasta su factura, de una simplicidad

y de una sencillez encantadoras, armoniza perfectamente con la índole especial del monumento.

De verdadera síntesis en piedra del espíritu ingenuo y crédulo del niño, abierto a todo rosado ensueño, puede calificarse el monumento.

De él como obra artística, reveladora del estro creador de sus escultores, deben estar satisfechísimos los alemanes, pero seguramente al pasar ante la grandiosa fuente de Las Hadas en

estos días aciagos en que la contienda exalta las pasiones, y la serenidad del espíritu se ve turbada por el vaho rojo que envuelve a Europa, no lo estarán tanto de su admirable expresión simbólica que representa un tributo demasiado sincero y entusiasta al genio francés, cuyo reconocimiento ha de resultar hoy antipatriótico a los germanos por virtud de las fatales circunstancias.

Nosotros desde nuestro desapasionado punto de vista de la neutralidad en que afortunadamente nos encontramos y que nos permite permanecer libres de prejuicios, podemos consagrar un recuerdo cariñoso a los escritores que tan bellas obras produjeron y a los artistas alemanes que al perpetuarlas en el mármol dieron tan evidente prueba de su talento y de su arte.

JUAN BALAGUER



Grupo que simboliza el cuento titulado "La princesa dormida en el bosque"



Grupo que simboliza el cuento "La niña de los siete cuervos"



Grupo que simboliza el famoso cuento, de Perrault, "La Cenicienta" FOTS. TRAMPUS



FANTASÍAS DE VERANO

LA PRIMERA VERBENA



LA FÁCIL ERUDICIÓN

Como todas las noches, se reunieron, esta perfumada y clara de Junio, en el café. Ya no era como en las otras de invierno, pesadas, pegajosas, irrespirables. Acaso tal vez fuese la primera que daba sensación de verano, con las ventanas abiertas, como una tentación, á la calle por donde pasaban las muchachas con las blusas claras y la risa en los labios...

El amigo joven se lamentaba ante el amigo viejo:
—Tengo que escribir un artículo acerca de San Antonio de la Florida.

—Lindo tema. Varias verbenas tengo yo en mis recuerdos.

El amigo joven se encogió de hombros.

—A mí me aburren.

—¿Ha ido usted alguna vez?

—Nunca. Pero me aburren.

—Entonces, ¿cómo va usted á escribir ese artículo?

—Muy fácil. Los jóvenes de hoy nos encontramos el trabajo hecho. Otros vivieron é investigaron para nosotros. Yo ya he descubierto la martingala de ciertos madrileñistas. Entrar á saco en los libros de Fernández de los Ríos, de Mesonero Romanos, de Sepúlveda ó de Répide. Vea usted estas notas. La fiesta se celebra á orillas del río donde estuvo en otro tiempo el convento de San Jerónimo del Paso. La primera ermita se edificó por el Resguardo de Rentas Reales el año 1720 al pie de la Montaña del Príncipe Pío y á la entrada del Real Sitio de la Florida. Luego la reedificaron en 1770, y en 1790 fué reconstruida por el arquitecto Fontana. Eran los tiempos de la beata Clara y damas, tan dadas á los galanteos como á las devociones, obispos y nobles tenían allí sus quintas de recreo donde pasaban largas temporadas. Con ésto y con mentar las pinturas de Goya, hablar de D. Ramón de la Cruz, aludir á redecillas de chisperos y á madroñeras de manolas, ya tengo hecho el artículo y me ahorro tragar polvo, toser con humaredas de churrerías, sufrir pisotones y quedarme acaso sin reloj...

—No se olvidará usted los versos de Trueba.

—¿Cuáles?

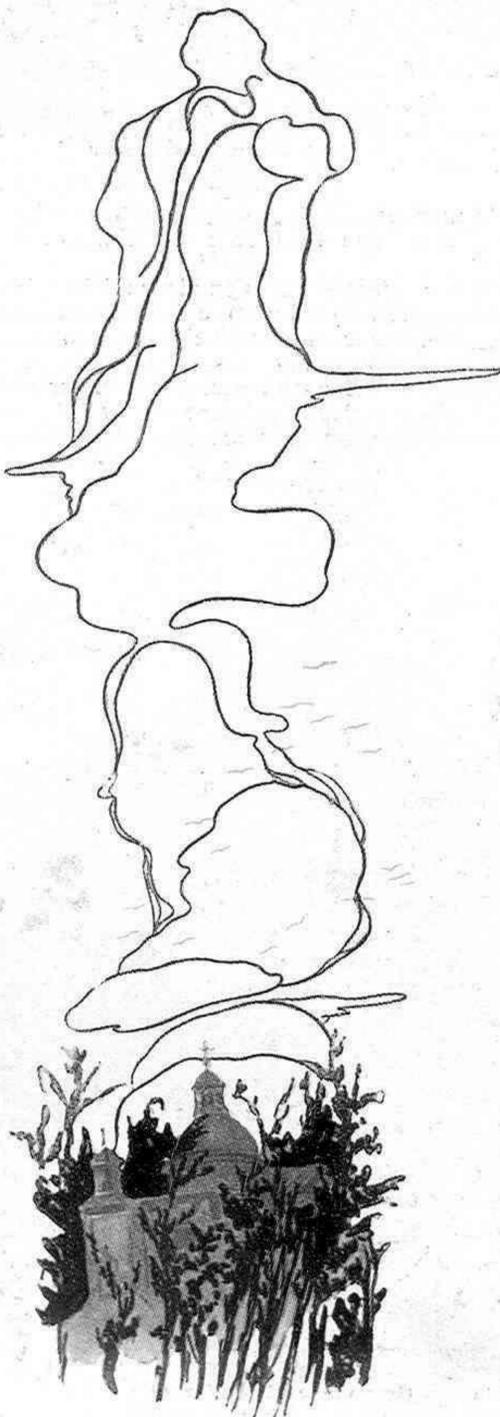
—Aquellos de: *La primera verbena que Dios envía...*

—¡Quíá! No faltaría más.

DECADENCIA

Un vendedor de muñecos de barro. Un vendedor de muñecos de papel. El «tío del fenómeno».

—Calla, hombre. Si da no sé qué levantar el puesto de San Isidro pa traerlo aquí. Se ha perdido el buen gusto y el arte y la vergüenza. ¿Ves que hoy ni Dios compra los Romanones, los



Mauras y los Laciervas? Pues había que ver cómo se vendían los Sagastas, los Castellares, los Cánovas y los Romero Robledos... Ni siquiera dejaban secar el barro. Y no me ojetes que estaban mejor hechos que éstos ¡magras del Japón! Estos son bibelotes de *Sobres* comparaos con aquéllos. Lo que pasa es que la gente no tiene hoy convicciones políticas y lo mismo tiene en su casa el retrato de Lerroux que dice que es germanófilo. Pues ¿y los otros muñecos que pudiéramos llamar picarescos? Igual. Ahí tienes el tío de los palominos, la vieja del orinal, los de la lavativa, y el grupo de la zapatería con el aprendiz mirando las piernas de la parroquiana que talmente parecen de carne y hueso... y ¡ná! ¡Que si quieres arroz, Catalina!

—No se desgañite usted, señor Exuperancio, que yo también sé un rato largo de eso, aunque tengo menos edaz. Hace seis ó siete años, vendía usted guardias, chulos con la navaja ó frailes con la bota de vino y se hinchaba usted de gordas. Hoy piden otros refinamientos, como estas del mantón de Manila y las mantillas blancas de papel de seda y la cara de cromo recortá. Ya ve usted. Saquemos este año, mi padre y yo, á Belmonte, al Kaiser y al general Cofre que, vamos, son novedades nuevas, pues ya usted como ni Dios pregunta por un casual lo que valen... Así, claro, la industria nacional emigra.

—Es que la gente sabe hoy más que Joselito. Yo he tenido la mujer barbuda, el carnero de tres cabezas, el hombre más pequeño y el hombre más alto del mundo, el antropófago cazao en las propias marismas del Senegal, que comía carne cruda, tragaba estopas ardiendo y bebía petróleo sin refinar; expuse un año un manflorita legítimo nacido en Astorga; tuve figuras de cera con la secuestrada de Poiñeres, la Cecilia Aznar y Morral fabricando la bomba de la calle Mayor, que daban calofríos verlas; tuve aquella fiera que no sé si recordará usted, señor Exuperancio, que no era carne ni pescao, ni tenía alas ni garras, ni pelo, ni pluma y que había que alimentarla con patatas asás porque no quería otra susistencia... La gente se pegaba por entrar; á mi señora la salían callos de partir el billete. Yo terminaba afónico de explicar los fenómenos. ¿Ahora? Ahora tengo «el animal misterioso, encontrao en las excavaciones de Mesina, que se comía vivos á los cadáveres y que los hombres de ciencia de todos los países y que la misma guardia civil no saben á qué familia vegetal pertenece» y ni Dios se acerca á la barraca. ¡Y eso que es á cincoito, con derecho á tocar!...

MUJERES DE VERBENA

Nati es alta, espigada, morena, con los ojos verdes y la voz un poco ronca. Durante el día

trabaja en uno de esos talleres de planchado que abren claros boquetes de luz y de juventud en las calles sórdidas del viejo Madrid; también recorre las mañanas envuelta en su pañolillo de crespón y con el estuche de las tenacillas en la mano, ó despacha fruta, envuelta en el aroma penetrante de los plátanos... Nati va á las verbenas á comprar un tiesto de hortensias ó de claveles, un botijo, un santo de barro y acaso un novio. Da vueltas en el tío vivo, no se marea en los columpios, moja los churros en la cerveza dorada y si llega la ocasión, se marca un «tuesten» al compás del organillo...

Paca es un poco gruesa, y tiene en los ojos cierta melancolía, y en los ademanes cierta languidez, y en la voz un desgarro chulón que disfraza penas ocultas. Gruesa, de una gordura algo fofa, de mujer de treinta y cinco años, envuelve las carnes opulentas en el mantón chinésco. En las orejas le brillan las orlas de diamantes, y cuando saca de entre los flecos del mantón las manos regordetas, le chispean las sortijas de todos los dedos... Paca «está» con un señor formal que no puede acompañarla por los sitios demasiado concurridos. Van, en cambio, con ella la hermanita pequeña, vestida modestamente, ó la peinadora, ú otra Paca de menos «postín», ó tal vez un niño, uno de esos niños pálidos y tristes, que tienen como el presentimiento de su vida futura cuando lo sepan todo y se abochornen de todo. El coche se llena de tiestos, de cacharros, de muñecos, de golosinas, que luego no sirven para nada. De los otros coches florecen á Paca, y Paca sonríe complacida ó hace mohines desdenosos. Pero de pronto, se acerca al coche un chulito pinturero, con cara de vicio y de crimen, y Paca le habla en voz baja y le suplica con la mirada húmeda de sus ojos, y le oprime las manos incrustándole las sortijas, y abre el bolsillo y le da unos duros, y, cuando ya el chulito se marcha, le dice al oído:

—No me faltes, ladrón... ¡Por tu madre!...

Julia es modista. Pisa el umbral de los veinte años, y todo en ella trasciende á gentil lozanía. Sus ojos verdes y su boca roja riman á maravilla con el amor. Julia viste con más «chic» que una señorita de la clase media. Va á la verbena los domingos por la tarde con el novio, y alguna noche con la familia. Por las tardes se divierte mucho, por las noches suele aburrirse. El novio es un poco perverso, y ella inconsciente romántica, con lo cual prefieren ambos buscar las plácidas umbrías de la Moncloa, sobre todo en la hora encantada del crepúsculo. Lejos de la música torera de los organillos, del griterío de los vendedores, de los bocinazos de los automóviles, de las campanas de los columpios y tíos vivos, lejos de la niebla rojiza que flota sobre las casetas y las horchaterías y churrerías, Julia y su novio andan á pasos lentos, hablándose en los labios, temblorosas las manos, encendidas las pupilas...



Sara, Pura, Camelia, Amparo, Mari y Lola, van juntas en un automóvil de alquiler ó «de Bellas Artes». Las acompaña una de esas mujeres gordas, de una gordura elefantiaca y cínica, tan característica en las explotadoras de mujeres madrileñas. Sara, Pura, Camelia, Amparo, Mari y Lola llevan flores en la cabeza, pintados los rostros como payasos, y mantones de Manila que no son suyos y que conocen las orgías de las noches de Carnaval, y las romerías de la Cara de Dios y de San Isidro, y las verbenas de años anteriores. Estas mujeres de las flores en

la cabeza y los labios vermellón y los ojos sin brillo y las carnes marchitas, cantan á gritos, beben cuanto las ofrecen, insultan y ruegan, palmotean de fingido regocijo y dan limosnas á todos los pobres que se acercan al automóvil... Parece que se divierten y cumplen un deber; los hombres las codician y las desprecian al mismo tiempo. Son pregones de escándalo y sus peinetas, sus sortijas, sus pendientes de piedras, tan falsas como su alegría demasiado ruidosa, inquietan la envidia á alguna obrerilla ingénuo que va de honesto paseo con sus padres, y que tal vez dentro de algún tiempo también gritará ebria de vino y de amargura, desde un automóvil, bajo la mirada bovina de la mujer gorda y cínica...

UNA GAITA SUENA...

¿Por qué sueñas, gaita de Asturias, al pie de esta caricatura de hórreo? ¿No temes que ahogue tus lamentos suaves y dulces el estrépito verbenero? ¿Cómo puedes hallar el camino del corazón, extraviado en este Madrid de los holgorios canallas y artificiales?

No. Tú, gaita, sueñas porque sabes que siempre hay oídos para lo que dices y para lo que sugieres, y evocas los prados verdes, de verdes extraños y cambiantes, las viejas Quintanas, frente á la fragancia de las pomaradas, el mar bravo y augusto, las romerías con su danza prima y sus cantos en el arcaico *bable*, las *xanas* ocultas en el fondo de las fuentes, las *lavanderas* que viven la vida del árbol donde esperan la mano libertadora, la *Huestia* que causa calofríos maeterlinckianos...

Sueña, gaita, en la noche clara de Junio. Sueña, que acaricias el espíritu con rosas de bondad y de dulzura. No te envileces, gaita de Asturias, como no se envilecen tus cantos cuando sueñan en un escenario de variedades, aunque lo cante una boca manchada por cuplés obscenos y estúpidos.

LA SOMBRA DE GOYA

Cercanos ya los primeros claros del orto estival, surge de la cúpula de la ermita una sutil nubecilla. Pasa sin estremecer la esquila cantarina y entonces, dormida, cubre un momento la cruz y permanece quieta, inmóvil, como vacilante de su futuro destino.

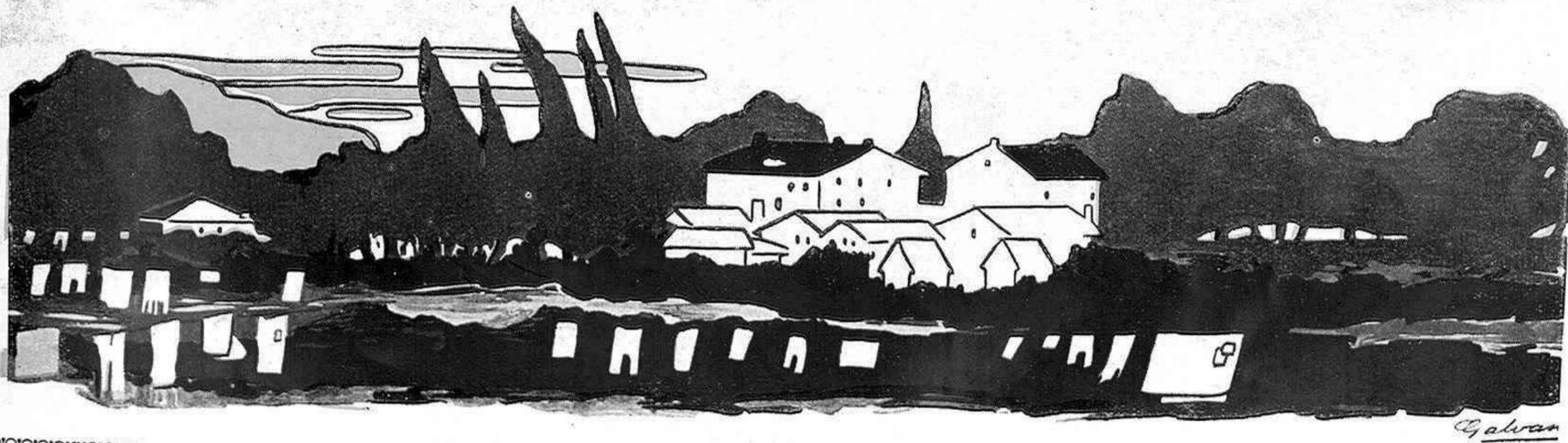
Ha cesado el bullicio de la romería. Duermen bajo harapos los dueños de las casetas. De un merendero lejano llegan timbrazos chulos del organillo. La nubecilla se alarga, se condensa, se afirma cada vez más en una corporeidad humana. Sobre el cielo azul, tranquilo y estrellado, empieza á recortarse. Luego desciende poco á poco; ya toca las quietas frondas de los árboles, ya cruza por delante de los ragosos troncos, ya se posó en tierra...

Ahora es la sombra de un viejo alto, hercúleo, vestido de un largo levitón, con una enorme chistera, despeinado, con la cabezota hundida en el alto cuello y el corbatín enorme... Es la sombra de D. Francisco de Goya y Lucientes. Cruza por delante de los puestos, de los tíos vivos inmóviles, de las barracas de feria con sus órganos mudos, atraviesa el camino y llega á orillas del río donde empieza á rebullir la vida de los lavaderos...

Y cuando ya el cielo se aclara y empieza á dorarse el horizonte, la sombra se tiende sobre el río, pierde su forma de silueta humana. Parece solo un girón de niebla y es algo más augusto: el dolor de un gran artista que huye de la capilla donde dejó una de las obras más puras de su arte para que el tiempo la vaya destruyendo implacable...

DIBUJOS DE GALVÁN

LUIS F. HEREDIA

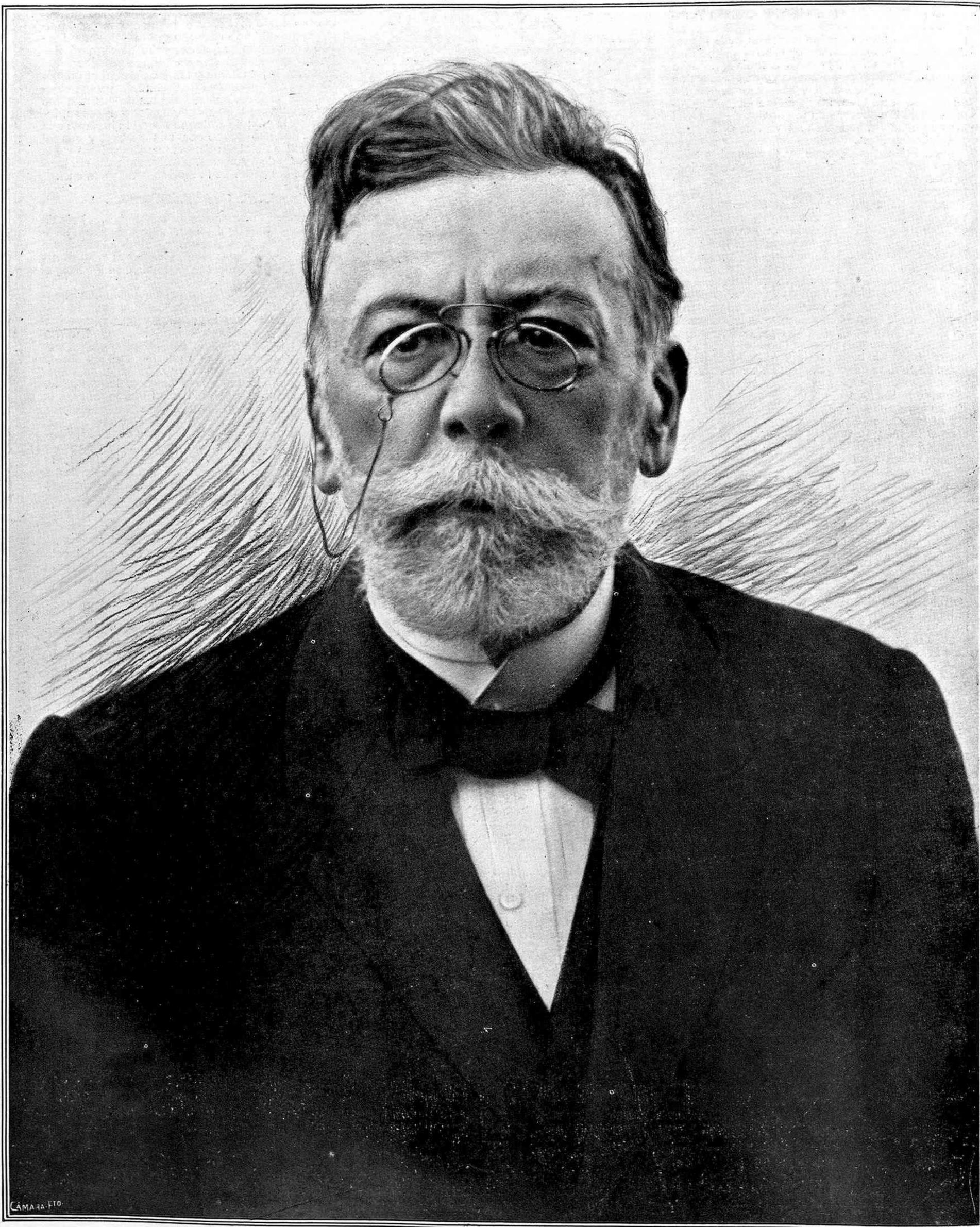


Galván



LA ESFERA

PRESTIGIOS ESPAÑOLES



CÁMERA F10

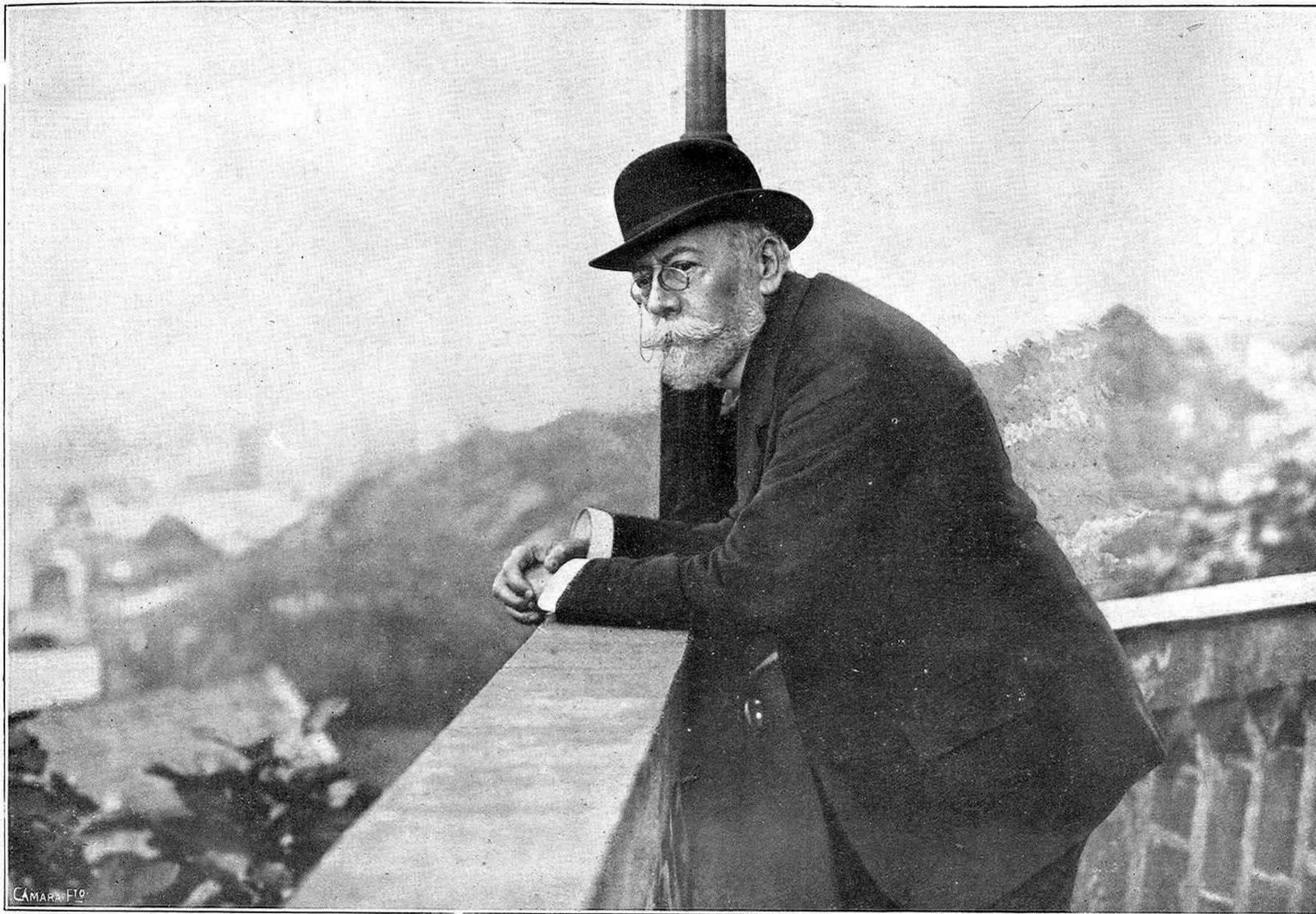
ANGEL GUIMERÀ

Ilustre escritor catalán y eminente dramaturgo, gloria de la intelectualidad española

FOT. CAMPDA

NUESTRAS VISITAS

ANGEL GUIMERÁ



El insigne escritor catalán D. Angel Guimerá, contemplando el panorama de Barcelona desde el Parque de Montjuich

UN buen día, nuestro director me ha dicho:
—Es preciso que vaya usted á Barcelona... Tiene usted que hacer allí unas cuantas visitas interesantes... Guimerá, Apeles Mestres, Iglesias, Juan Manén, Granados, María Barrientos, Casas, Güell y otros muchos de gran mérito.

La orden me pareció de perlas, porque yo guardo un gratísimo recuerdo de Barcelona, y la acaté al momento.

—Mañana, si á usted le parece...

—Muy bien; mientras antes mejor.

Al día siguiente tomábamos Campúa y yo el expreso de la Ciudad Condal. Cuando amanecimos, nuestro horizonte, en vez del cielo y la tierra que habíamos dejado, era mar y cielo, ante el cual se regocijaban nuestros ojos...

ooo

Describirnos Barcelona sería inocente. Estoy seguro de que todos mis lectores la conocéis y que todos habéis sentido orgullo de que este pedazo de tierra y mar, tan europeo, tan industrial, tan bello y tan trabajador, sea español.

Es una colmena Barcelona... Una colmena perfumada con el aroma castizamente hispano de las flores de sus ramblas. Claro que no faltan zánganos; pero éstos son los vividores de la política que asoman por allí á turbar con su abejorreo pernicioso el laborar constante de las abejas.

¡Qué hermosa es Barcelona!... Yo las flores que he admirado en sus «ramblas» y en sus jardines no las he visto en parte alguna... Y un país donde se crían tantas y tan bellas flores, tiene que ser un país de artistas y de espíritus delicados.

Hay unas rosas blancas, veladas por un diáfano tinte crema, de una belleza extraordinaria. Rosas dignas de ser pintadas por Rusiñol y cantadas en las estrofas admirables de Apeles Mestres. Contemplándolas se siente la voluptuosidad de la Naturaleza...

Barcelona, ¡qué bella eres!!

ooo

—¿Dónde viviría Guimerá?—nos preguntábamos Campúa y yo mientras que, sentados en la terraza de la «Maison Dorée», apurábamos un Kummel.

La gran plaza de Cataluña era un hervidero de gente que caminaba deprisa... El movimiento de tranvías, automóviles y coches era extraordinario. De vez en cuando, pasaba alguna muchachuela de catorce ó quince años con el pelo cortado...

—Esa ha tenido el tifus...—oíamos decir en derredor.

Y esta nota triste á cada instante.

Pilin, la linda y grácil billetera, de zapatos de terciopelo y medias de torzal, que engaña con sus coqueteos prometedores y palabrerías á los asiduos de la «Maison», llegó hasta nuestra mesa á ofrecernos un dícimo...

—¿Quiere?... ¡Que puede que le toque!

Se nos ocurrió una idea.

—Oye, niña. ¿Tú conoces á don Angel Guimerá?—le pregunté.

—¡Ya lo creo!...—repuso, haciendo un mohín muy cómico de enojo—. ¿Cómo no le iba á conocer?

—¿Y viene por aquí?...

—No, señor. Acostumbra á ir al café Continental. Ahora mismo está allí...

La muchacha, que era lista y simpática como un diablillo, nos dirigió ya una última mirada de camaradas. Cuando nosotros nos levantamos, unos pollos la acosaban en la mesa de al lado y ella se defendía heroicamente.

—¡No!... Tocar, no... ¿Eh? ¿Pa qué?... ¡Las manitas quietas!...

Descendimos por la rambla de Canaletas y llegamos al café Continental.

En cuanto entramos vimos á don Angel Guimerá presidiendo un grupo de más de veinte contertulios.

—¡Don Angel!...

Al sentirse nombrar el insigne dramaturgo, se levantó rápidamente, aunque frenado por las tinieblas de sus ojos. Ante todo, nos dió la mano con esa franca cordialidad de los catalanes...

—¿Qué desean ustedes?...

—Somos Campúa y *El Caballero Audaz*...

—Basta—nos dijo sonriendo—. Me supongo á qué vienen ustedes y hacen muy bien, porque ya por aquí echábamos de menos su visita...

Don Angel Guimerá es un viejecito alto y delgado, como don Benito Pérez Galdós... También tiene una naturaleza de roble y también le falta casi la vista... La fué dejando sobre las macilentas cuartillas con pedazos de su alma. Al peso de los años se agobió su cuerpo y perdieron seguridad sus pasos. Es ya un glorioso jirón de la bandera catalana que, con don Benito, forman la victoriosa enseña de las letras españolas. Tiene la barba blanca y descuidada. La frente muy espaciosa, y sobre su cabeza se alzan como montones de ceniza sus cabellos venerables... En el trato es afectuoso y paternal. De vez en cuando os dá un golpecito cariñoso al mismo tiempo





EL INSIGNE DRAMATURGO CATALÁN D. ANGEL GUIMERÁ, AL PIE DE LA ESTATUA ERIGIDA EN BARCELONA REPRESENTANDO LA FIGURA DE "MANELIC", PROTAGONISTA DE "TIERRA BAJA"

FOT. CAMPÚA

que os dirige un sincero halago. Su alma, como todas las almas buenas, ¡buenas!, no ha pasado de la niñez. Seguramente no conoce ni de pensamiento el pecado mortal. A las cuatro palabras que cruzamos ya sentíamos hacia él un afecto tierno y entrañable... Ya le cogíamos del brazo y ya hubiésemos besado sus manos temblorosas con la misma unción sagrada que besamos las de nuestros abuelos.

—Son las cuatro—nos dijo en una confidencia llena de bondad, al mismo tiempo que se aseguraba los gruesos lentes de roca—, estoy á la disposición de ustedes hasta las seis y media.

—¿Le parece á usted que demos un paseo en coche?...

—Muy bien... Muy bien... ¡Mejor!—aceptó.

Salimos del café... Subimos al primer coche que pasaba.

—¿A dónde vamos?—preguntó don Angel...

—Adonde usted quiera... Usted que conoce esto sabrá mejor que nosotros el sitio á propósito.

—Iremos al Parque de Montjuich, que es muy lindo... Allí le han levantado una estatua á Manelic, que no he visto todavía.

Y en catalán dió la orden al cochero.

Mientras atravesábamos las populosas calles, yo le preguntaba y le preguntaba incesantemente.

—Va usted poco por Madrid, don Angel, y allí le queremos y admiramos á usted muchísimo.

—No crea, que he ido siete ú ocho veces... Yo también quiero mucho al público madrileño, y es que poco á poco se ha ido captando mi afecto porque me ha tratado con una consideración incomprensible. Hasta el punto que muchas veces me he equivocado y he tenido que rectificar juicios que tenía hechos...

—¿Cuáles?...

—Sobre algunas obras más que por ser demasiado fuertes he pensado: «Esto no va á gustar en Madrid», y después han sido éxitos tan grandes como aquí, y entonces he dicho:—«¡Caramba!...»

—¿Usted es catalán?...

—No, señor... Yo soy de Tenerife. A los siete años me trasplantaron aquí y aquí quiero morir. Mi padre era de Tarragona y mi madre canaria. Cuando llegué á Cataluña no sabía hablar ni una palabra en catalán... Además no me gustaba... Al oírlo hablar me hacía el efecto de que disputaban... ¡Oh! después buen cariño le he tomado.

—Entonces, ¿estudió usted aquí?...

—Comencé mi educación primaria en Vendrell..., en una escuela municipal. Después, ya en Barcelona, me sometí á los estudios de los escolapios.

—¿Y guarda usted buen recuerdo de ellos?

—Muy bueno. Hasta el punto que le voy á contar á usted un caso que se lo demostraré:

Cuando la «semana trágica», un grupo de revolucionarios llegó hasta el colegio de los escolapios y le prendió fuego... Yo, al saberlo, acudí corriendo si con mi presencia contenía los desmanes... Ya era tarde. Ardía y todo estaba casi destruido... Las techumbres de los cuartos se habían derrumbado... Yo busqué en las negras ruinas de la fachada el balcón de la celda donde yo había pasado los mejores años de mi niñez y sentí una emoción muy extraña y muy triste, al contemplar por el hueco, sin puertas ni cristales, un jirón de cielo estrellado...

—¿Qué carrera siguió usted?...

—Ninguna; yo no he seguido carrera. Todo lo más el grado.

—Y ¿cómo se despertaron en usted los sentimientos literarios?...

—Pues, nada; que mi salida del colegio coincidía con el movimiento literario catalán; me incorporé á él y empecé á escribir versos. Tengo una idea de que la primera poesía que publiqué se titulaba *El alcalde y el monarca*. Después había un periódico que se llamaba *La Agramalla* y allí comencé á publicar diversidad de cosas. Más tarde concurrí á los juegos florales y en todos fuí premiado y hasta un año obtuve los tres premios.

—¿Cuál fué la primera obra teatral que estrenó usted?

—*Gala Placidia*, una tragedia en tres actos, que me estrenaron en el Teatro Principal unos muchachos amigos míos.

—¿Tuvo éxito?

—Sí, un éxito resonante porque era un género nuevo aquí; después la recogieron las compañías y se hizo en Novedades. Y animado por el aplauso, seguí la senda teatral.

—¿Cuántos actos lleva usted estrenados...?

—No sé, muchos. Unos ciento.

—¿Cuál fué la primera obra de usted que se tradujo al castellano?...

—*María Rosa*, que se estrenaba en Madrid al mismo tiempo que aquí Borrás. La tradujo—y muy bien por cierto!—Echegaray. Yo iba á ir la noche del estreno, pero pensé: «Lo más natural es que esté donde se estrena la obra en la lengua en que fué escrita...» A la noche siguiente fuí á Madrid... Pero, ¡espere usted, que estoy loco! *María Rosa* no fué la primera que se tradujo al castellano... Fué *Mar y Cielo*, traducida por Gaspar; la estrenó aquí Rafael Calvo y fué la última obra que hizo, porque el pobre murió en aquellos días; entonces la estrenó su hermano Ricardo en Madrid.

—Hablemos de *Tierra baja*. ¿Cómo se le ocurrió á usted el asunto de esa obra?...

—Como se ocurren todos... Meditando y meditando sobre ellos... Por cierto que cuando la estaba terminando nos encontramos en Zaragoza en unos juegos florales don José Echegaray y yo. Don José estaba esperando este drama para traducirlo por encargo de María Guerrero y, claro, al verme se interesó por él. «¿Cómo se vá á titular?—me preguntó.—«*Tierra baja*»—le repuse—. Y él frunció el ceño. No le había agradado el título. En aquel momento, viendo don José una legión de hombres que avanzaban por una senda, preguntó: «¿Qué son aquellos?»... «Aquellos son—dijo el alcalde—gentes de *tierra baja*.» ¡Qué coincidencia!, ¿verdad?

—¿Cuándo se estrenó en castellano?

—Antes que en catalán... Y la estrenó Fernando Díaz de Mendoza; quiero hacer constar esto porque hay un equívoco. Le achacan el estreno á Borrás.

—¿Fué un éxito muy grande?

—Tuvo el mismo éxito que todas las demás obras mías; pero con el tiempo ha ido este éxito creciendo, no sé por qué...

—Porque es una obra hermosísima—comenté entusiasmado.

—Para mi gusto las tengo mejores...

—¿Cuál le gusta á usted más?...

—Del todo, ninguna. Escenas de unas, palabras de otras... Momentos... Momentos donde se advierte que sintió uno la inspiración... Cuidado se puso por igual para hacer todas. Pasa como con los hijos. ¿Por qué son unos más guapos ó más listos que otros?... ¡Quién sabe!... Sin embargo, si he de ser sincero, le diré á usted que la que más me llena de mis obras es *La reina vieja*. Ahora hace algún tiempo que no estreno porque las compañías están muy mal organizadas... La última obra juzgada en Madrid ha sido *La reina joven*.

—En efecto. Y alguien vió que en esta obra trataba usted de presentar personajes muy conocidos en la política española y, sobre todo, en la catalana.

—No, no pensé en tal cosa. Yo traté de demostrar que, por muy opuestos que sean los sentimientos políticos de dos personas, puede tenerse entrambos el amor, que salta por todo... Ahora, en la actualidad, lo que preparo es un drama: *Jesús vuelve*. De esta obra está enamorada María Guerrero, porque le he contado el asunto. Tengo además ya terminados *El mundo azul* y *Por derecho divino*.

—¿Escribe usted con facilidad?

—Sí, generalmente; si escribo á gusto cosas que á mí se me ocurren. Hay ocasiones en que uno siente una fuerza sobrenatural que lo manda y que lo inspira y entonces se escribe como un sonámbulo... Ya vé usted, yo tengo una obra que el héroe es un anarquista, *La fiesta del trigo*... ¿Cómo escribí yo esto?

—¿Cuánto lleva usted cobrado de sus obras?

—No sé, hijo... Yo jamás cuento el dinero. Lo cobro y lo echo al cajón sin saber lo que tengo. Cuando se acaba, se acabó... Me producirán al mes unos trescientos duros... Pero, ¡caso raro!...; yo, á pesar de que ya tengo más de setenta años, todavía no escribo mirando al producto... Hago literatura como la hacía á los diecisiete años, por verdadero romanticismo; si no se representasen mis obras, las escribiría para mi entretenimiento y el de mis amigos...

—¿No tiene usted familia?

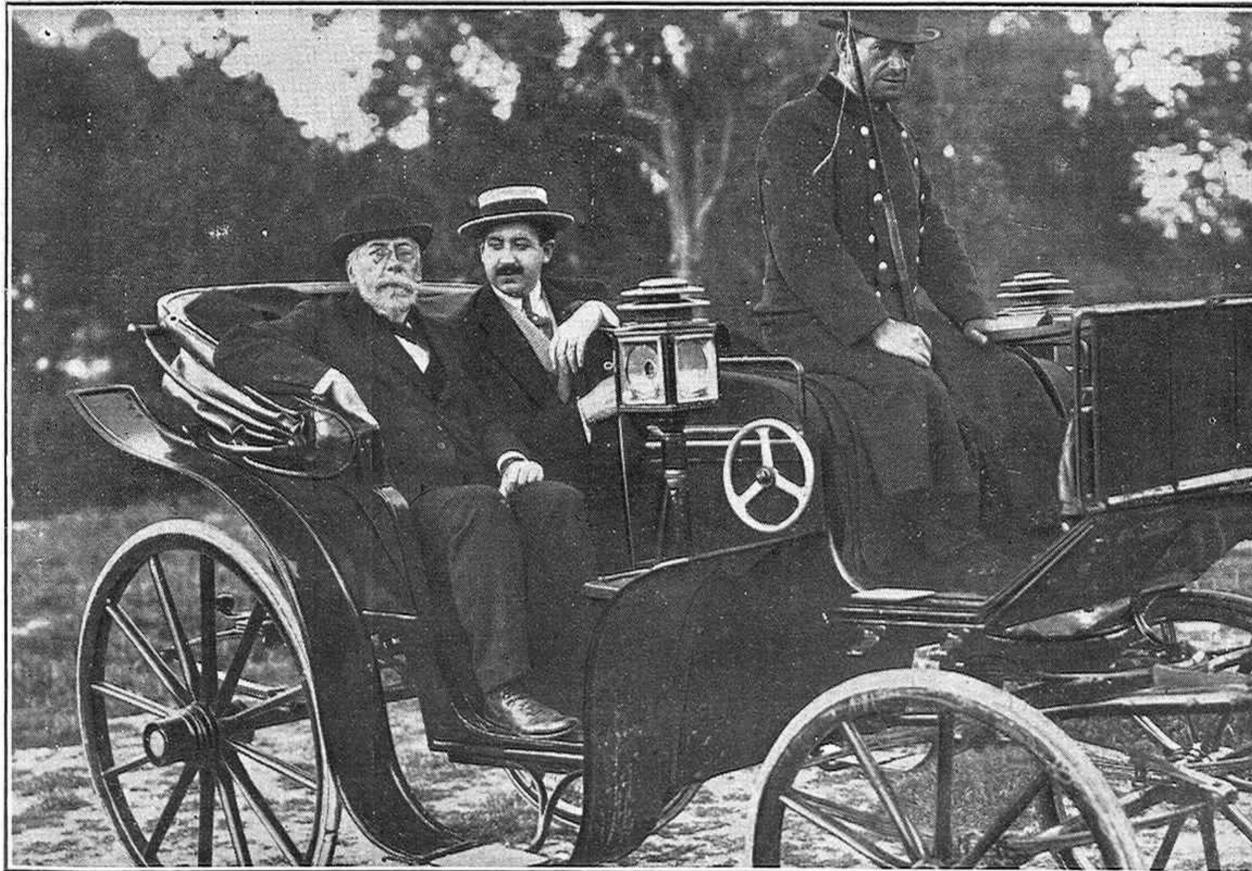
—No, señor; de sangre, no... Pero vivo desde mozo con un amigo y con su familia que, por dictados del corazón, es la mía... Soy soltero.

—¿Por vocación ó por contrariedades?...

—No lo sé; porque me he ido quedando así.

Llegamos al Parque de Montjuich. Un jardín coronando una montaña. Abajo, en derredor, se extendía Barcelona enorme, abigarrada, con sus chimeneas vomitando humo, con sus austeras torres. A la derecha, en el fondo, como una nube verde que besara el suelo, tendíase el mar. Hastanosotros llegaba el estruendo confuso de la gran capital... Silbaba un tren. Gemía una sirena. Cantaba un ruiseñor en el Parque.

Y mientras, nosotros contemplábamos la escultura de Monserrat hecha á Manelic. Allí, en bronce, estaba el protagonista de *Tierra baja*, con su cayada sobre los hombros, atravesada, con sus brazos colgados de ella, con su gorro y su frente altiva. Parecía cantar bajo el purísimo añil del cielo su poema de amor y libertad...



Guimerá paseando por Barcelona, acompañado de «El Caballero Audaz»

EL CABALLERO AUDAZ



REPARACIONES HISTÓRICAS
LA TRAICIÓN DEL CONDESTABLE



EL CONDESTABLE DE BORBÓN

NOBLE, rico, poderoso y valiente como pocos varones de su época fué aquel Carlos, duque de Borbón y conde de Montpensier, cuyo nombre, por culpa de novelistas, historiadores y poetas escasamente respetuosos con la verdad, aparece en los libros, á la continua, acompañado de los calificativos más odiosos.

Descendía de Roberto de Clermont, hijo de San Luis, de modo que la sangre más ilustre de Castilla y Francia corría por sus venas; poseía, heredados de su padre Gilberto, de su hermano Francisco y de su esposa y prima Susana (ó de un hijo de corta edad que ella le dejó), el Borbonesado, los Dombes, el Forez, el Beaujolais, la Marche y parte de la Auvernia, sin contar otros muchos territorios diseminados por la superficie de la antigua Galia; liberalmente, es decir, sin ningún linaje de granjería (no cabe dudarlo), había prestado grandes cantidades de dinero á Luis XII y á Francisco I, que lo necesitaran para sus famosas empresas de allende los Alpes, y, por fin, en estas mismas empresas, que tanto oro y tanta sangre costaron, había auxiliado con todo su poder á los dos mencionados reyes patentizando además sobre los campos de Agnadel, Cremona, Pizzighetone y Marignan, que en valor podía competir con los Foix, los Juan de Médicis y los Bayardos, y en talentos militares, con los Trivulcio, los Pescaras y los Prósperos Colonna.

Varón tan noble, rico, generoso y valiente, habría sido el hombre más feliz de la tierra á no prendarse de él Luisa de Saboya y Borbón, madre del rey de Francia, y una de las damas más poderosas é ilustres del siglo XVI.

Esta gran señora, mujer ya en el ocaso de la segunda juventud, supo disimular su pasión asaz discretamente mientras vivió la esposa del condestable, con la cual estaba emparentada; mas al fallecer la duquesa en el año de 1521 no supo contenerse y, perdido todo pudor femenino, requirió de amores y ofreció su mano á Borbón.

El, fuese por estar enamorado de Madama Margarita—la margarita de las princesas, según los poetas contemporáneos—fuese porque le repugnara ó se le antojase ridículo contraer matrimonio con una mujer que muy bien habría podido ser su madre rehusó, *et même*—dice Anquetil—, *avec quelques mots de raillerie* y como no hay mayor agravio para el sexo bello que el defenderse de sus persecuciones amorosas, la reina ofendida—dice Mézeray—dejóse llevar á extremos de venganza que empujaron al duque á extremos de suprema desesperación.

Tanto se ha escrito acerca de los pleitos con que Francisco I y Luisa de Saboya alligieron al condestable, que podríamos creernos dispensados de hablar del asunto. Hablaremos, sin embargo, para declarar que si Luis XII, según enseña Anquetil, había renunciado en provecho de Susana á los bienes de la casa de Borbón revertibles á la Corona, y Susana había otorgado testamento en favor de su marido, particular no negado ni por el escrupuloso Paulin Paris, ó había dejado un hijo que la sobrevivió contados días como escriben, ignoramos con qué fundamento Lavisse y Rambaud, (Historia Universal tomo VI, pág. 99), bien hace Jean Dumesnil en afirmar rotundamente que las pretensiones del rey Francisco y de su madre estaban desvirtuadas de todo fundamento, y que á no ser por las solicitudes de ambos y los enredos del canciller Du Prat, que luego vistió la púrpura cardenalicia, jamás tales pretensiones habrían prevalecido.

Modernos escritores franceses han intentado convencernos de que el duque no tuvo ocasión de representar, por lo menos con la reina madre, el papel de bello desdeñoso, sustentando que semejante historia fué inventada y vulgariza-

da por el *traidor* para defenderse y disculparse. Borbón desde los primeros días de su viudez—dicen los escritores aludidos—, hallábase de acuerdo con Carlos de Austria que le había ganado con ofrecimientos de toda clase, entre ellos el de la mano de doña Leonor, hija como S. M. de Felipe el Hermoso, y reina viuda de Portugal.

Son tantas las autoridades—Adrián von Baerland, Macqueriau, Beaucaire, Pasquier, Varillas Mignet, Gallard, Michelet, Sandoval, Anquetil, Robertson, Lavallée, Keller, etc., etc.—que al estudiar é historiar los sucesos de importancia ocurridos durante los reinados de Carlos V y Francisco I han recibido sin reserva ninguna, generalmente, el suceso que ahora se niega, que ni siquiera hemos podido dudar.

Quizá sea cierto aunque probado no esté, que Borbón fuese solicitado por el nieto de los Reyes Católicos, desde que éste elegido emperador comprendió de cuanto podía servirle en sus luchas inevitables con el rey de Francia, un hombre que era dueño de la séptima parte del país francés.

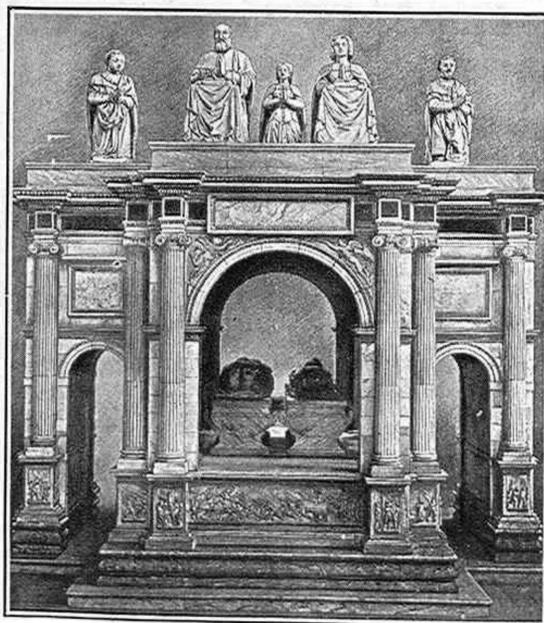
Pero que Borbón no prestó oído á las palabras ó mejor dicho, no aceptó la alianza de nuestro



FRANCISCO I, REY DE FRANCIA

Carlos I, hasta el instante en que según los historiadores mejor notados de imparcialidad vió su libertad seriamente amenazada, está demostrado plenamente.

Ni los consejos de sus deudos, amigos y familiares, ni la ofensa que á punto de combatir en Valenciennes le infringió Francisco, dando al duque de Alenzón un mando propio del cargo de condestable, ni el atropello que supone el embargo de los bienes que fueron de Susana, presa ordenada por el Parlamento antes de que fuera fallado el pleito promovido por la reina, arrojaron al duque en los brazos del emperador; le arrojaron,



La tumba de Francisco I, en Saint-Denis

le lanzaron, le precipitaron en ellos las amenazadoras palabras pronunciadas por el rey de Francia durante aquella célebre entrevista, si no solicitada aprovechada por Borbón para exponer sus muy justas quejas, entrevista que presenciada por toda la corte terminó con una verdadera manifestación de simpatía al ofendido y a menazado condestable.

Fué de tal violencia la escena que Thomas Boleyn oyendo á Carlos V referir y comentar lo ocurrido, no pudo menos de significar cuanto le asombraba la conducta de Francisco I dejando que su poderoso vasallo se retirase libremente.

No habría podido impedirlo—contestó el César—. En aquellos momentos la mayor parte de la gente cortesana estaba al lado de Borbón.

Efectivamente, cuando el duque abandonó la morada real, los mejores caballeros de Francia le acompañaron hasta su palacio. «Toda la nobleza» dice Michelet.

Probado que Carlos de Borbón no desenvainó la espada contra su señor ó soberano feudal, sino después de ser vejado, preterido, humillado, expoliado, ofendido y amenazado por él, vamos á demostrar de una manera palmaria con qué falta de justicia se ha maculado la memoria de personalidad por tantos títulos respetable.

¿Qué hizo Borbón para merecer uno de los más odiosos calificativos inventados por los hombres?

Borbón no hizo otra cosa que imitar «hasta donde lo consintieron sus fuerzas», el proceder de su egregio aliado Carlos de Gante, á quien nadie que nosotros sepamos ha tachado de traidor por haber combatido, vencido, aprisionado y sometido á rescate al rey Francisco I, su señor feudal.

Carlos V, como el Condestable de Borbón era feudatario del monarca francés derrotado en Pavia.

Debíale vasallaje por la Flandes y el Artois, territorios heredados de Felipe el Hermoso que los tenía de su madre María de Borgoña, hija de aquel príncipe *temerario* á quien nadie tampoco ha denominado traidor á pesar de haber maltratado y aprisionado en Perona á su soberano Luis XI, que había ido á visitarle como amigo y pariente.

No hay que olvidar esto: Un señor feudal de elevada categoría llámese Carlos de Gante, llámese Carlos de Borgoña, llámese Carlos de Borbón, no puede ser juzgado sin injusticia notoria, con el criterio aplicable á un general de ejército, que, por cualesquiera consideraciones ó motivos, se revuelve contra su patria.

Lo demostraríamos con cien casos sacados de la Historia (1), si la Historia como escrita por hombres, es decir, por la pasión y la debilidad no ofreciese los ejemplos más contradictorios.

Así Turena y Condé que combatieron contra su país sirviendo, lo mismo que Carlos de Borbón, en los ejércitos de España, no han sido vituperados por la posteridad, y cuando murieron—á pesar de sus felonías honradas por todos—fueron sepultados al lado de los reyes y de los héroes en la Abadía de San Dionisio.

Verdad es que no les persiguió hasta más allá de la tumba el odio tenaz, como ninguno, de una mujer herida en su amor propio, de una princesa desdeñada.

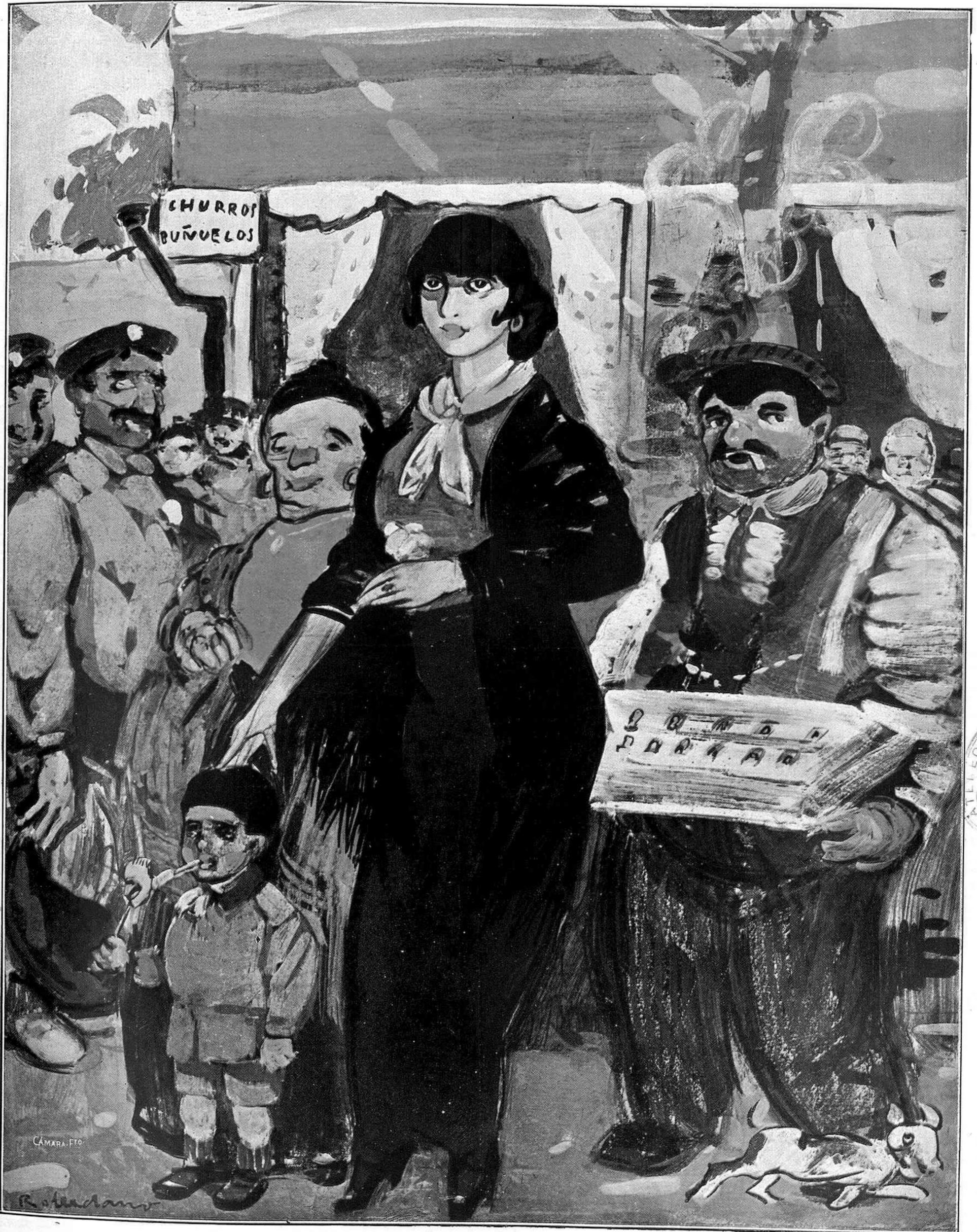
José FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS

(1) Conviene recordar que durante las contiendas de Francisco I y Carlos V en que intervino Borbón, lucharon contra sus señores naturales, dos príncipes feudatarios, Filiberto de Chalons, (el famoso Orange), y Roberto de la Mark, duque de Buillon, de memoria jamás deshonrada por tal motivo.



LUISA DE SABOYA

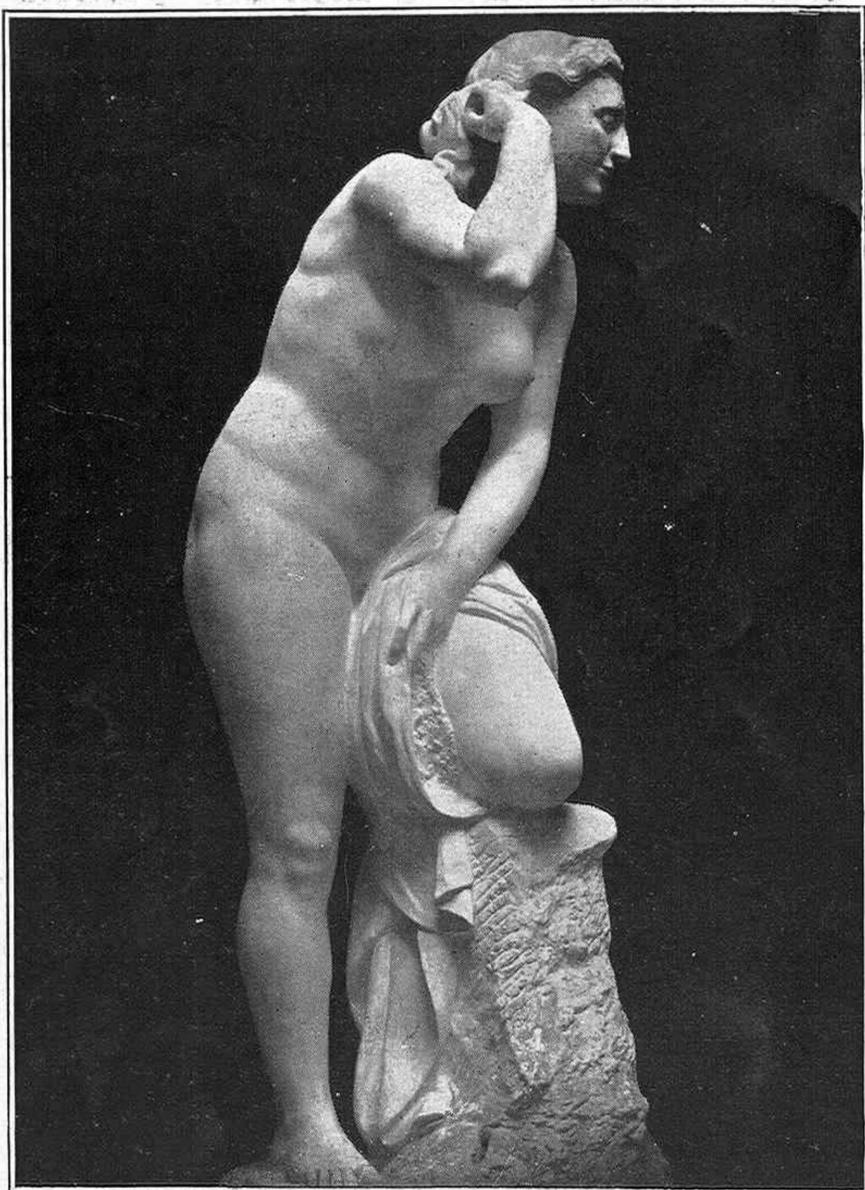
COSTUMBRES MADRILEÑAS



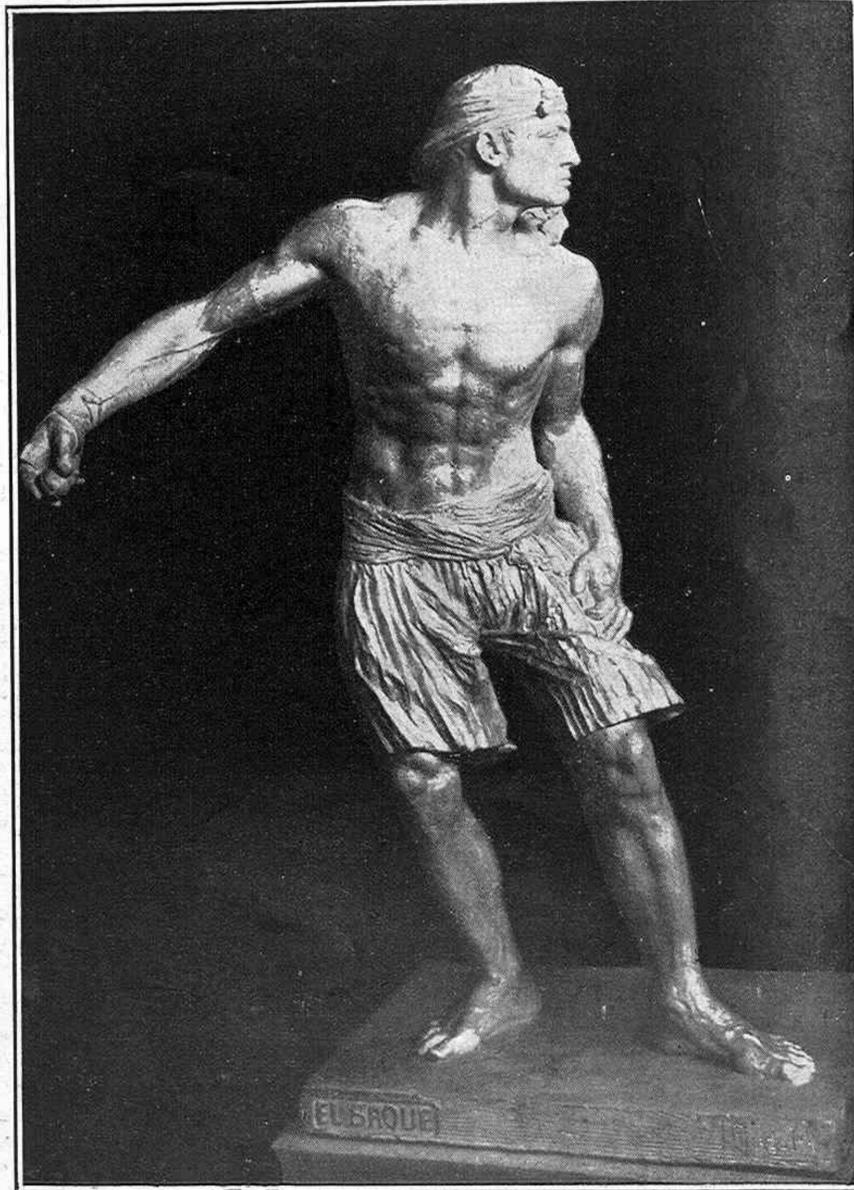
EN SAN ANTONIO DE LA FLORIDA, dibujo de Robledano

EXPOSICIÓN NACIONAL
DE BELLAS ARTES :-:

LA ESCULTURA

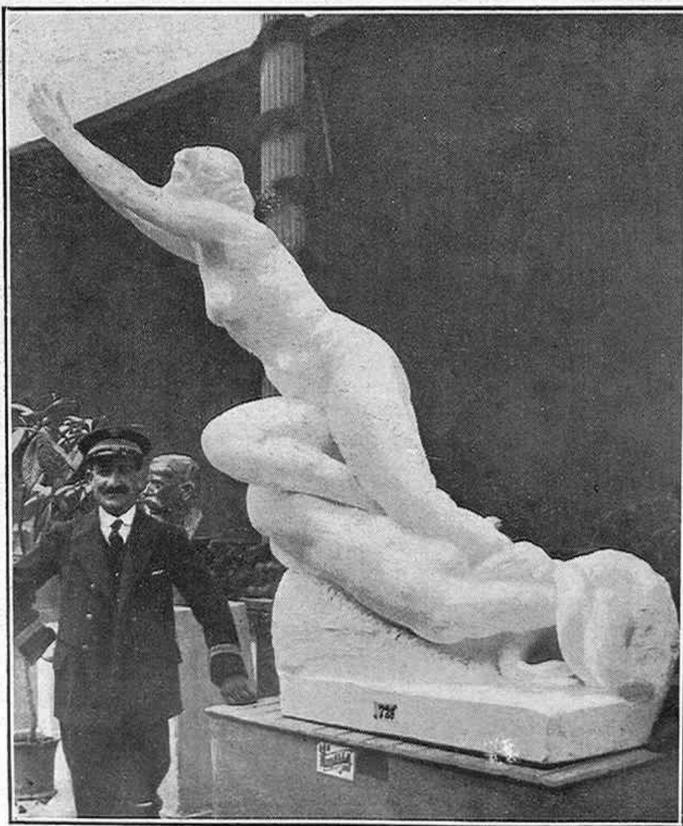


"Friné", escultura de Pérez Seo



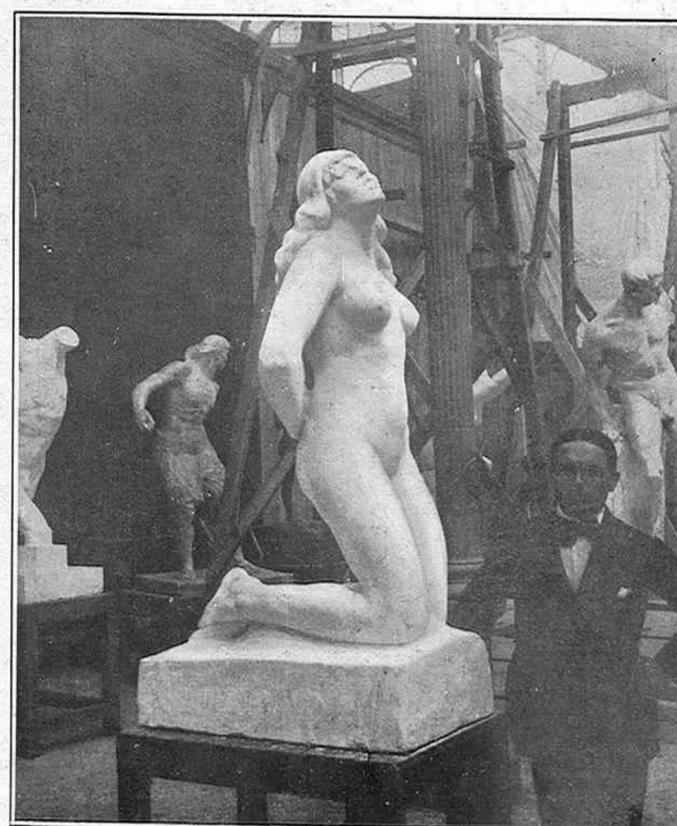
"El Saque", escultura de Ignacio Pinazo

A pesar de la indiferencia del público, y—lo que es peor—de la indiferencia de la Prensa y de la crítica, podemos asegurar que el momento actual de la escultura española es acaso más interesante que nunca. No podía faltar en esta manifestación artística idéntica renovadora pujanza; los mismos conscientes ejemplos de renacimiento estético que caracterizan las demás bellas artes en España. El extranjero, de espíritu cultivado por los viajes y por la contemplación de las mejores obras contemporáneas, no acierta á comprender ese renacimiento si juzga por los monumentos que halla á su paso en las calles y paseos de Madrid. Queda un poco sorprendido al no encontrar en estas obras mediocres, de una vulgaridad conceptuosa y pedante, de un pauperismo imaginativo, que resalta



"Cielo y tierra", escultura de Enrique Marín, premiada con primera medalla

más aun por la indigencia técnica, la lógica réplica á las grandes obras contemporáneas de Rodin, de Schmidt Cassel, Lehbruck, Dalou, Mestrovic, Meunier, Bredow, Hoetger, Schwartz, Silvenager, Grey Barnard, Hanak, Hausen, Jacobsen, Naoun, Arouron, Quilleric, Bernard, Maillol, etc.



"Ensueño", escultura de Julio Vicent, premiada con segunda medalla

Pregunta los nombres de los autores de estos monumentos, y le contestan los mismos siempre. Dos ó tres, á lo sumo, que son también los que pasaron las fronteras, los que dentro de España, como fuera de ella, en lamentable divorcio de belleza, compiten con los cuadros de los grandes maestros jóvenes. Y así, contra la hostilidad de los seudos maestros de fines del siglo XIX, sin el apoyo de la Prensa y en medio de la indiferencia del público, se han ido formando unos cuantos escultores jó-

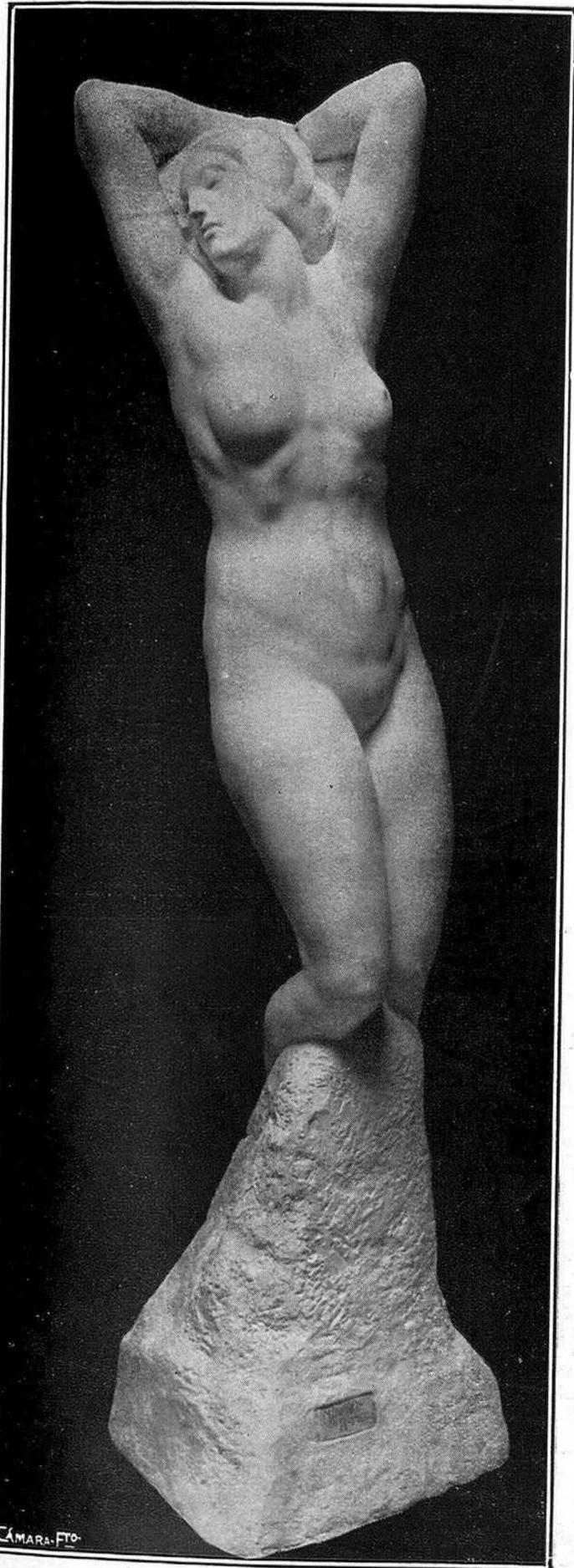
venes, que renovarán por completo los valores estéticos y que europeizarán el concepto ineducado que se tiene en España de lo que debe ser la escultura. Estos jóvenes son: Enrique Casanovas, Julio Antonio, los hermanos Oslé, Capuz, Huerta, Marín, Villodas, Ferrant, Macho, Pérez Sejo, Marco Díaz, Bueno, Navarro, Asorey, Pi-
 queras, Cotolí, Hevia, Ortells, Gargallo, Hugué...

ooo

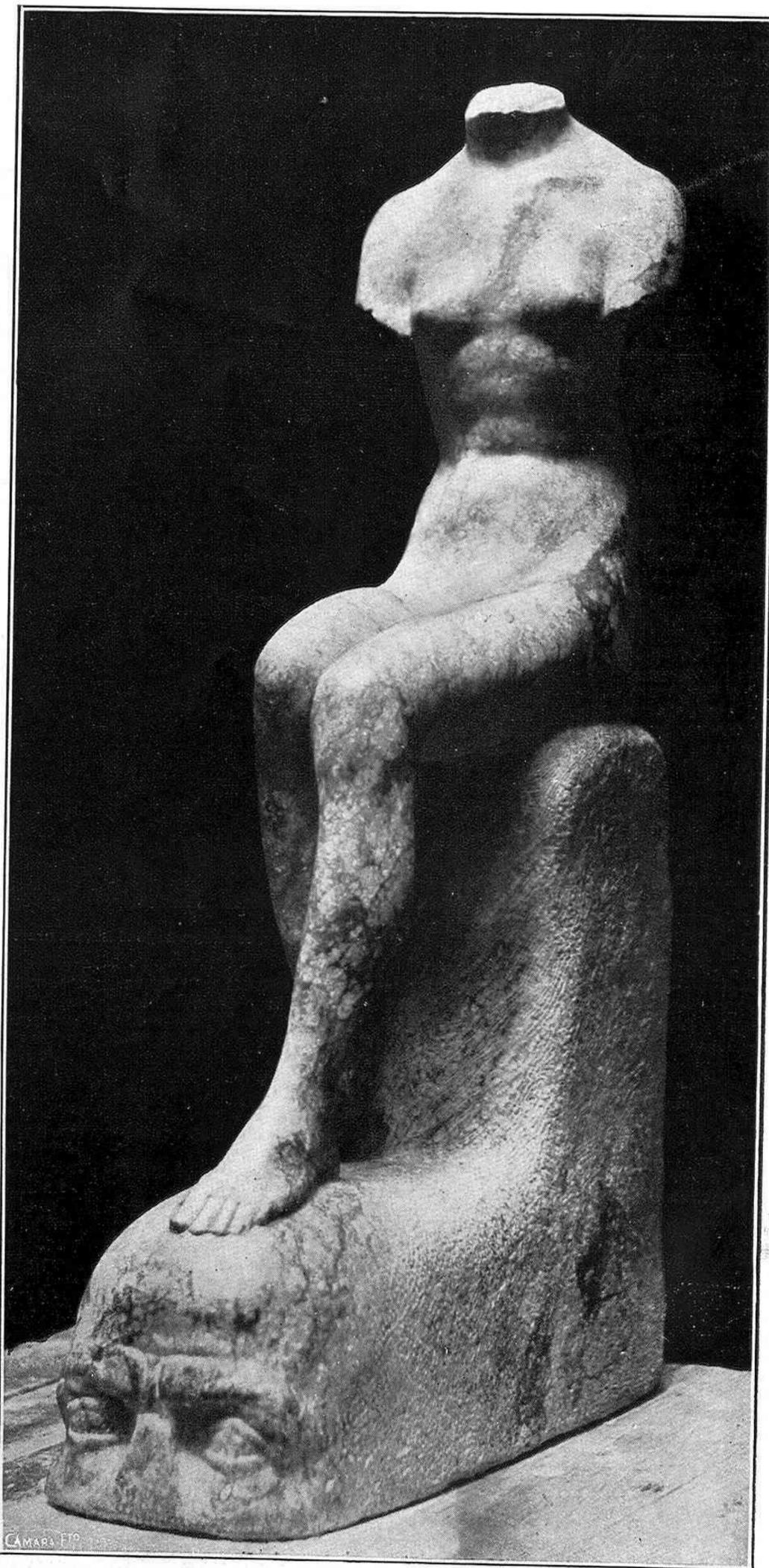
La instalación de Inurria, ese prodigio de sencillez, de serenidad, en el que la exquisita sensibilidad se une al absoluto dominio técnico para llegar a la suma perfección, es lo más serio, lo más fundamental de nuestra escultura contemporánea.

Nada hay discutible en los envíos del maestro. Sólo alabanzas, ya prodigadas en estas páginas más de una vez, nos merecen *Ídolo eterno*, *Desnudo de mujer*, *Gitana* y los retratos admirabilísimos.

Los culpables de que oficialmente—moralmente la obtuvo de un modo triunfal—no consiguiera la Medalla de



"La Aurora", escultura de Vicente Navarro, premiada con primera medalla



"Ídolo eterno", una de las obras más admirables de Mateo Inurria, á quien se le ha negado la Medalla de Honor por faltarle dos votos para la mayoría absoluta exigida por el Reglamento

Honor por *dos* votos, han contraído una peligrosa deuda con su Patria, y más de una vez habrán de arrepentirse.

Después de los envíos de Inurria, lo más saliente de escultura son, en lógica consecuencia, las obras expuestas por algunos de los Jurados: Luciano y Miguel Oslé, José Capuz y Moisés Huerta.

La *Cabeza de mujer*, de ambos hermanos, la *Cabeza de niño* y la *Cabeza de niña*, de Miguel y Luciano respectivamente, responden á esa dulce sentimentalidad que caracteriza á los notables escultores catalanes. Más enérgica y construída la *Cabeza de mujer* que las otras dos obras, tienen estas últimas, sin embargo, mayor encanto.

Moisés Huerta es un gran técnico. Sigue el ejemplo de los verdaderos escultores, no encomendando á manos mercenarias de *scarpellino* el tránsito del boceto al ori-

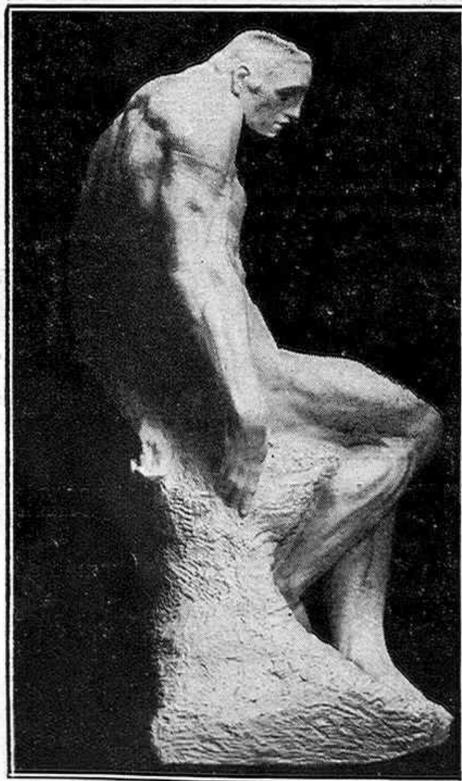


ginal definitivo. Su *Torso de hombre* es una maravilla; pero una maravilla demasiado expuesta y conocida. No sólo debemos exigir á los escultores manos expertísimas. Hace falta, además, sensibilidad é imaginación. ¿Está seguro de poseer ambas cosas en la medida precisa para ser el artista completo, íntegro, el señor Huerta?

José Capúz, otro de los jóvenes de talento, á quien la escultura española deberá días de gloria, no ha estado muy afortunado en sus envíos. Tanto *La furia dormiente*—demasiado influenciada por Mestrovic—como el fragmento del *Monumento al Greco*, suficientes para otro, no bastan para demostrar la maestría del joven artista. El *Monumento* es, además, una equivocación plena é indefinible. ¿Cree el señor Capúz que basta poner en un medallón el

retrato del *Greco* para que el monumento simbolice el arte del gran cretense? ¿Acaso la mujer exuberante, en el vigor de la vida y de la belleza, que ha modelado como remate del monumento, tiene algo de común con las figuras atormentadas, consumidas por el interno fuego, idealizadas hasta el enfermizo desequilibrio formal, del *Greco*? No. El señor Capúz ha padecido un error exponiendo esta obra. Pero mucho más lamentable ha sido el error de osar disputarle la Medalla de Honor al maestro Inurria, con una obra impersonal como *La furia dormiente* y una equivocación como el *Monumento al Greco*, y con la agravante de haber actuado como jurado en su sección.

El señor Capúz, ni aun presentando mejores obras, estaba ni estará en muchos años en condiciones de competir con Mateo Inurria.



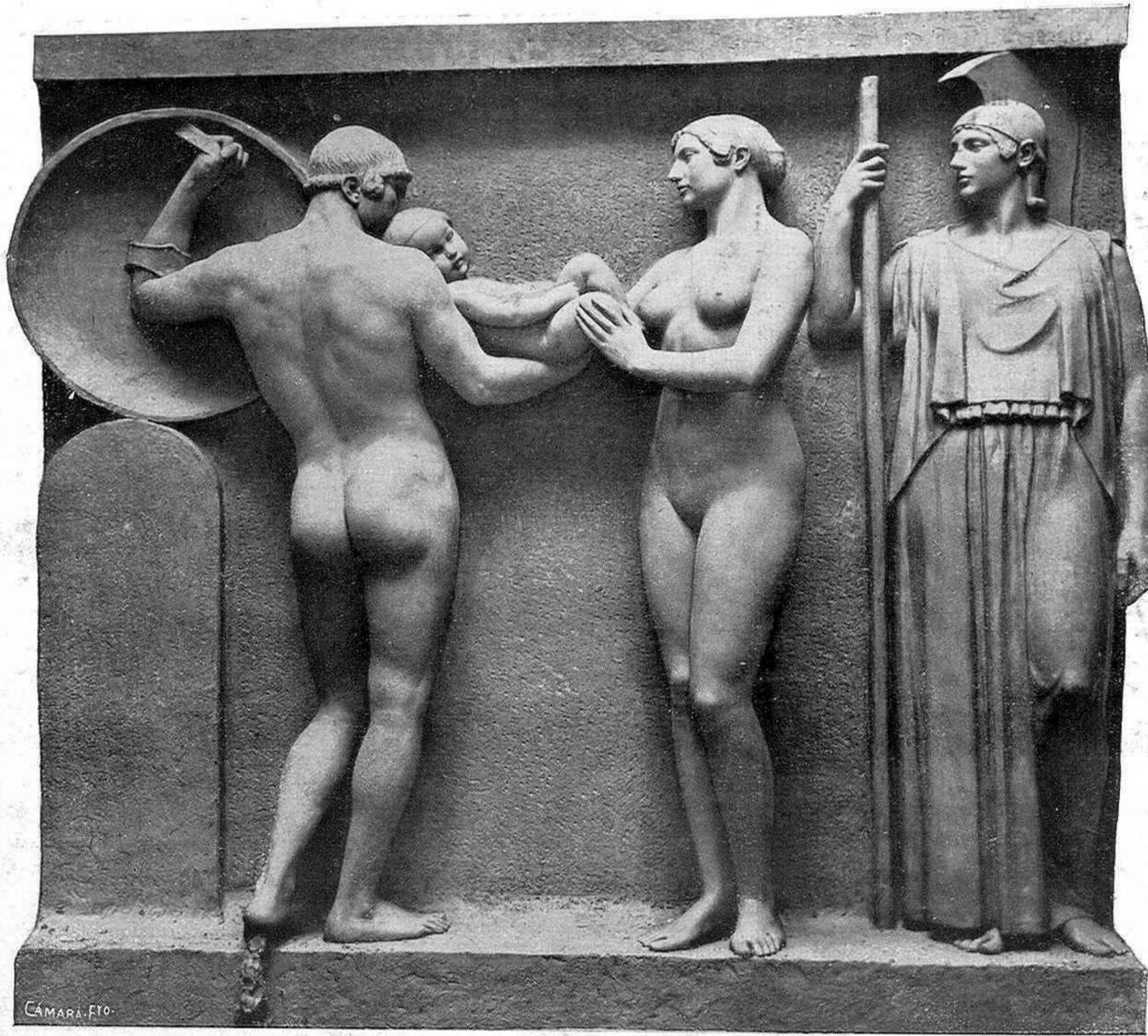
"Galeote", de Victor Hevia, tercera medalla

Enrique Marín ha conseguido, después de once años, la primera medalla, que debió otorgársele el año 1904.

Esta ha sido la razón alegada por el Jurado, ya que no podían alegar el mérito de *Cielo y Tierra*.

Cielo y Tierra es el peor grupo que ha modelado y pueda modelar el ilustre escultor en toda su vida. Defectuoso de proporciones estética y anatómica, abocetado apenas, nunca debió ser premiado con Primera Medalla. Repasando imaginativamente la historia de Enrique Marín, veremos que cualquiera de sus obras anteriores está muy por encima de este grupo inadmisibles: *Misericordia*, *León y Águila*, *Adivinadora* y la admirabilísima *Virgen* hecha últimamente para una iglesia de Astorga. Claro es que también figura en esta Exposición el *Retrato de Carolina*, donde se ve la maestría del Marín autor de aquel grupo encantador, *Amparo y Pepiro*, presentado en la Exposición Nacional de 1906.

La otra Primera Medalla otorgada á Vicente Navarro, es un poco más justa, sin que esto quiera decir que lo sea por com-



"Las partidas", escultura de José Bueno, premiada con tercera medalla

ces, suavidades, que el otro no tiene, y si la luz, imposible de dulcificar, del fementido Palacio de este Cristal no fuese tan dañina á la escayola, veríamos cómo esta escultura de Pérez Sejo es un verdadero acierto. El rostro de *Friné*, sobre todo, es delicioso de expresión.

Siguen en méritos los envíos de José Bueno y de Víctor Hevia, pensionados en Roma por las Diputaciones de Zaragoza y Oviedo.

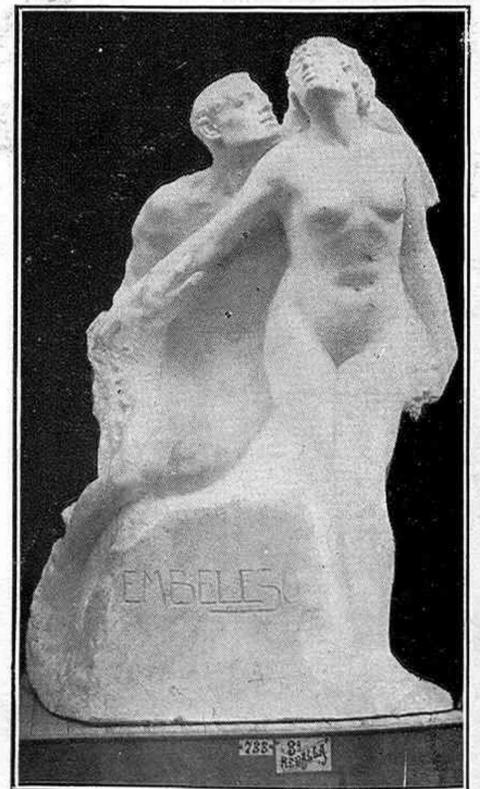
José Bueno tiene un bajo relieve, *Las partidas*, muy bello de composición, y una figura monumental titulada *La tarde*, que responde al criterio, uu poco absurdo, de los pensionados españoles respecto del tamaño que deben tener las esculturas modernas... de un *modernismo* miguelangelesco.

La misma observación debemos hacer al señor Hevia por su *Galeote*.

No obstante, el Jurado ha cometido con estos dos artistas un grave delito de postergación concediéndoles únicamente Tercera Medalla. Sobre todo, existiendo alguna Segunda Medalla que no debió concederse nunca.

Debemos mencionar, por último, *Europa*, de Francisco Marco, que, bien concebida, no tiene, sin embargo, la fuerza ó la gracia de otras del joven artista; *La vaca ciega*, de Barrenechea, á la que encuentro el defecto del patinado, que la perjudica notoriamente y que sin embargo está plena de sentimiento y de equilibrio anatómico; dos figuritas en bronce, de tan pequeñas proporciones como de subido mérito, originales de Angel Ferrant y de Coullant Valera, tituladas: *El hombre del mono* y *Boceto*; *Ensueño*, de Julio Vicente; *Embeleso*, de Mateu Montesinos; *Memento Homo* de Marcos Coll, muy bien construido; *Nazareno*, de Ortells; *El saque*, de Pinazo; *Fiorinilla*, de Marcelino Presno; *Cabeza*, de Ignacio Velloso, y *Sinoe amamantando á Pan*, de Rafael Rubio.

SILVIO LAGO



"Embeleso", de Mateu Montesinos, tercera medalla

pleto. Hay trozos en el torso de *Aurora* que están bien resueltos y revelan seguridad técnica; pero, en conjunto, la figura carece de la eurtimia que debe presidir en toda escultura. El corte violento de las rodillas sobre el mezquino pedestal empedregado y desarmoniza toda la obra.

Pérez Sejo va poco á poco raificando su reputación. Es un enamorado del clasicismo; pero no un copista como tantos otros que buscan la interpretación externa, no la asimilación interior, de los clásicos helénicos.

Pérez Sejo expone dos obras: *La muerte del héroe* y *Friné*, indiscutiblemente, superior esta última. El Jurado creyó lo contrario, y premió con segunda medalla el desnudo de hombre. Un error más. El desnudo de *Friné* está mejor concebido é interpretado. Hay en él morbide-



Trenes rápidos para Galicia y Asturias

Los trenes rápidos números 5 y 6 de la Compañía del Norte, volverán a circular trisemanalmente, con destino á Gijón, La Coruña y Vigo, á partir del miércoles 16 de Junio. En la composición de estos trenes entrará, como otros años, un coche-restaurant de la Compañía Internacional de Coches-Camas, que circulará entre Madrid y Venta de Baños, y un coche-camas, que saldrá de Madrid los lunes con destino á Vigo, los miércoles á Gijón y los viernes á la Coruña. La salida de dichas poblaciones se verificará los miércoles, viernes y lunes, respectivamente.

Se admiten suscripciones y anuncios para este periódico en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

CUTIS DIVINO

Descubrimiento Sensacional
del Dr. JONAS
"LOCION JONASIL" N.º 1 y 2
que transforma rápidamente el cutis más estropeado en uno

HERMOSO y JOVEN

Estuche conteniendo los dos frascos, Pésetas 25 en las Perfumerías Inglesa, Urquía, Gal, Fortis, Alvarez Gómez, Oriental y Farmacia Coipel.

Al por mayor: Pérez Martín y C.ª y Martín y Durán, MADRID

TEMPORADA DE BAÑOS Y VERANEO

La Compañía de los Ferrocarriles de Madrid á Cáceres y Portugal y del Oeste de España, acaba de publicar su servicio especial de billetes para Baños de Montemayor, ampliándolo como en el año anterior á Baños de El Salobral (estación de Hervás) y convirtiéndolo además en servicio de veraneo para la zona de Plasencia á Béjar.

Figuran, pues, en este servicio, que empezará á regir en 1.º de Julio próximo, como procedencias todas las estaciones de la red de dicha Compañía, y como destinos sus estaciones de Plasencia, Hervás, Baños de Montemayor y Béjar, siendo los precios desde Madrid-Delicias de 47,40 pesetas en primera clase, 34,50 en segunda y 23,70 en tercera, para cualquiera de dichos puntos.

El plazo de validez de los billetes es de noventa días, excepto para los billetes expendidos después de 1.º de Agosto, toda vez que el último día fijado para el regreso, es el 31 de Octubre.

KÂULAK

FOTÓGRAFO

ALCALÁ, 4

MADRID

BIEDMA

FOTÓGRAFO

23, ALCALÁ, 23

Casa de primer orden Hay ascensor

TRENES DE LUJO: «EL SUD-EXPRESO»

El tren de lujo «Sud-Expreso», tan preferido para sus viajes á Francia por la alta sociedad madrileña, será puesto nuevamente en circulación entre Madrid y Biarritz y viceversa, desde el 15 de Junio actual, saliendo de Madrid y de Biarritz.

El horario no sufrirá ninguna modificación en el recorrido español y tendrá una ligera alteración el trayecto francés de la frontera á Biarritz y viceversa.

Dicho tren saldrá, pues, de Madrid á las 21.15, para llegar á Biarritz á las 11.07 del día siguiente, y saldrá de Biarritz á las 19.40, para llegar á Madrid á las 10. La llegada á San Sebastián, á la ida, es á las 9.25, saliendo de la misma población para el regreso á Madrid, á las 21.41.

En la estación de Biarritz-La Negresse, tendrá correspondencia de y para Bayona, á donde llegará á las 11.10, y de donde saldrá á las 19.30.

Creemos inútil hacer resaltar las comodidades que ofrece este tren para los veraneantes que acostumbran á pasar los rigurosos meses del estío en las playas vascongadas, tanto en las de España como en las de Francia.



13 JUN 1915



Jabón
Flores del Campo

DESPUÉS DE UN SUEÑO REPARADOR NO HAY NADA MÁS DELICIOSO QUE UN BAÑO PERFUMADO CON JABÓN Y COLONIA

=== **FLORES DEL CAMPO** ===

Creación de la PERFUMERÍA FLORALIA, S. A. Granada, 2, Madrid

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS